

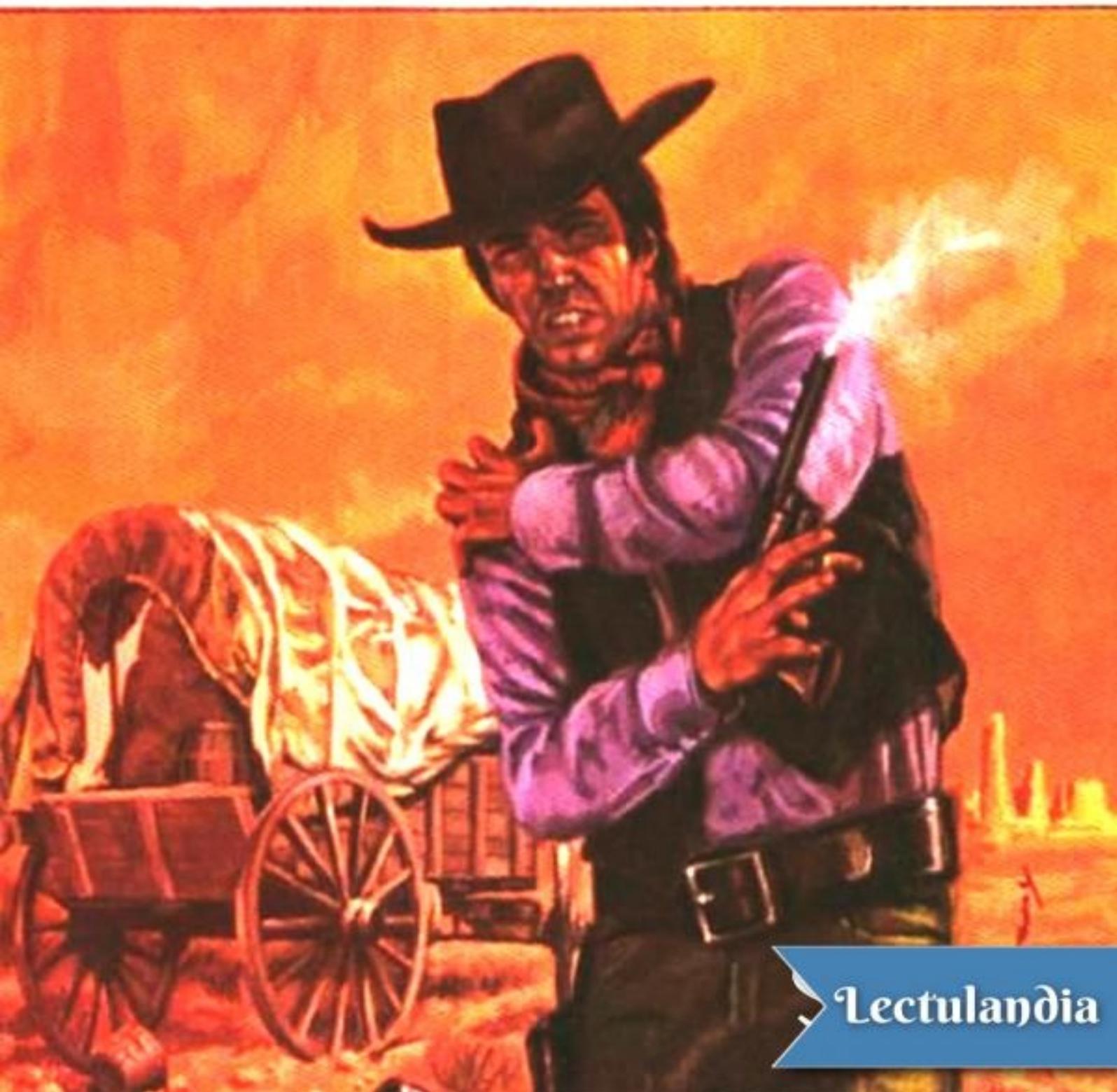
BOLSILIBROS  
BRUGUERA

este

EL LIBRO  
**B**

# Lou Carrigan

**CAMPAMENTO SALVAJE**



Lectulandia

Sacó el revólver, disparó, y, como siempre, dio en el blanco. Y no era un blanco que pudiera catalogarse de fácil, ni mucho menos. Pero dio en él: el enorme cuervo negro fue sacudido por el balazo, perdió varias plumas que parecieron desintegrarse en el aire, y tras un largo instante durante el cual pareció que iba a quedarse para siempre entre el cielo y la tierra, se precipitó hacia ésta, todavía desprendiendo algunas plumas más, girando en el silencio tórrido del mediodía.

**Lectulandia**

Lou Carrigan

# **Campamento salvaje**

**Oeste legendario - 81**

**ePub r1.0**

**Titivillus 19.05.2019**

Título original: *Campamento salvaje*  
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **CAMPAMENTO SALVAJE**

LOU CARRIGAN

## CAPÍTULO I

Sacó el revólver, disparó, y, como siempre, dio en el blanco.

Y no era un blanco que pudiera catalogarse de fácil, ni mucho menos.

Pero dio en él: el enorme cuervo negro fue sacudido por el balazo, perdió varias plumas que parecieron desintegrarse en el aire, y tras un largo instante durante el cual pareció que iba a quedarse para siempre entre el cielo y la tierra, se precipitó hacia ésta, todavía desprendiendo algunas plumas más, girando en el silencio tórrido del mediodía.

Un silencio tal que el hombre que había disparado oyó el choque del cuervo muerto contra el áspero suelo montañoso, a unos sesenta metros de donde se hallaba él, de pie junto a su agotado caballo. Se hallaba en la ladera oeste de los montes Santiago, un poco al sur de las localidades de Alpine y Marfa, que había evitado cuidadosamente, buscando siempre el campo abierto, los llanos agrestes y preferentemente las montañas en cuyos lejanos picos todavía resplandecían las manchas de nieve del invierno.

Era un buen sitio para cabalgar huyendo de algo, como, por ejemplo, de la Ley: al sur y al oeste estaba México, y al norte, Nuevo México. Si las cosas pintaban tan mal sólo había que hacer de tripas corazón, cabalgar algunas jornadas más, y se llegaba sin excesivo esfuerzo a Arizona. Total, que se podía huir de Texas y con bastante facilidad escurrir el bulto en Nuevo México, Arizona o México.

Claro que no siempre era todo fácil. Por ejemplo, apenas iniciada la primavera no se podía conseguir caza en las montañas, y bajar a los llanos era jugársela, pues por allá, por los llanos, cualquier *sheriff* podía reunir una partida de cincuenta o sesenta hombres y cercar a cualquier forajido que pretendiera aliviarse de las dificultades casi inhumanas de las montañas. Para sobrevivir en éstas hacía falta tener bien puestos los pantalones, especialmente si se estaba solo, si no se contaba con ayuda y compañía. Uno podía volverse loco allá arriba, entre brumas, gélidos vientos nocturnos y soles abrasadores durante los días interminables de hambre y sed.

Ocasionalmente la sed podía mitigarse gracias a los puñados de nieve que quedaba en las grietas rocosas. Pero el hambre era otra cosa, pues por allá arriba no había nada comestible.

Salvo los cuervos, claro.

Los cuervos aparecían, volando silenciosa y majestuosamente, siempre que su instinto les advertía que, tal vez, se les estaba preparando un banquete a base de la muy apetitosa carne humana. Sólo que algunas veces se equivocaban, pues el ser humano que ellos creían que iba a ir a parar a sus famélicos vientres, conseguía escapar con vida de la trampa de las montañas primero y de la de los llanos abrasadores después. O, lo que era peor, el ser humano los utilizaba a ellos para sobrevivir.

Porque ya se sabe, un cuervo no es un pavo, precisamente, pero es carné. Carne dura, correosa, no apetitosa, pero carne. Y la cosa estaba más que clara: era preferible comer, carne de cuervo que morirse de hambre.

Así que, cuando apareció el segundo cuervo, el hombre que había matado al primero de un solo disparo, se quedó mirándolo con cruel ironía.

—Amigó —silabeó—, no sé si eres tonto o suicida, pero lo sabré muy pronto.

Sólo tenía que seguir mirando al cuervo, que describía lentos círculos amplísimos sobre la zona. Quizá el cuervo pensaba (¿o los cuervos no piensan?) que el disparo había ocasionado la muerte de un ser humano, y lo buscaba entre los repliegues montañosos para descender sobre él, hacerlo trizas con su duro pico, y metérselo en la panza. Quizá, aun sabiendo que el muerto no era un ser humano, sino su pareja, la ojeaba presto a descender sobre su cadáver y devorarlo.

La ley de la supervivencia es muy dura.

Pero hay que andar más listo por la vida para no caer en la muerte, y eso debió tenerlo muy en cuenta el segundo cuervo, no poniéndose al alcance de los disparos del hombre, que al ver la negra sombra a distancia corta para su firmísimo pulso, volvió a disparar.

Una sola vez.

¡Pack!, restalló el disparo como un cañonazo en el atroz silencio, precipitó también hacia tierra, girando, emitiendo insólitos y hasta bellos destellos de sol sobre las relucientes plumas de negrura incomparable.

—¿Qué te parece? —se preguntó a sí mismo el hombre—. Ayer me moría de hambre, hoy toca banquete a lo grande. Y si tuviera *whisky* ya sería demasiado: uno podría morirse de gusto comiendo *whisky* y bebiendo cuervos.

Se dio cuenta de que acababa de equivocarse, pero la tontería le pareció graciosa, y se echó a reír.

Las cosas estaban mal, pero si un hombre pierde el sentido del humor todavía se ponen peor, así que... ¿por qué no reír de cuando en cuando? Aunque fuese a costa de unos pobres cuervos.

Pobres cuervos.

Sí, pobres cuervos, porque vamos a ver: ¿qué culpa tienen los cuervos de ser cuervos? Cada uno es lo que es, ¿no? Por ejemplo, él era un mal bicho de metro ochenta, cabellos oscuros y gélidos ojos azules, que respondía al nombre de Brett Kimsaid. Pues muy bien. Luego había otros bichos en la vida, otros seres vivientes: lagartos, escorpiones, víboras, cuervos, vacas, mujeres, mariposas, peces y vaya usted a saber cuántos más. Y cada cuál es cada cuál. Y cada cuál es como es.

Y cada cuál tiene derecho a sobrevivir conforme a sus posibilidades en su medio ambiente.

¿A que sí?

Otro ejemplo: un escorpión va por el desierto, encuentra una araña, y se la zampa; una araña va por el desierto, encuentra una mosca, y se la zampa; una víbora va por el desierto, encuentra un escorpión, y se lo zampa... Y así cuenta que cuenta.

De modo que... ¿por qué no podía él comer cuervo, vamos a ver?

Así estaban las cosas.

Llegó junto al primer cuervo muerto, lo recogió, lo contempló con una satisfacción que sólo podía justificarse por el hambre que tenía, y luego fue a por el otro cuervo, que también pasó al zurrón.

Y es que ya, se sabe: a buen hambre no hay cuervo duro.

\* \* \*

Eructó con complacida violencia, y talmente pareció que todas las montañas eructasen a la vez en un eco interminable.

—Pues no ha estado mal el cuervo —dijo en voz alta.

Volvió a eructar, echó una mirada al lugar donde había tirado los huesos del cuervo que había asado y engullido, y se sintió reconfortado por la idea de que todavía tenía otro cuervo para comer cuando el hambre apretase. Lo malo era que aunque lo hubiera desplumado y vaciado de entrañas, con aquel calor podía corromperse rápidamente. Claro que a la noche el frío quizá lo conservase mejor, pero al día siguiente volvería a hacer un calor de horno.

Bueno, ¿a qué tantas cábalas, si a fin de cuentas el cuervo sería devorado asado al día siguiente? Y si estaba un poco putrefacto para entonces, pues eso: peor para el cuervo.

—Je, je —rió el hombre.

Y eructó de nuevo.

Un, poco más allá, a la sombra de unas láminas rocosas, su caballo lo contemplaba como especulativamente. El hombre sabía qué pensaba su caballo: pensaba que tenía sed, y que ya era momento de que el hombre se preocupase de conseguirle agua. Porque una cosa sí tenía cierta en la vida el caballo: aquel hombre, aquel ser bípedo, rudo y cruel, era su amigo, y aunque en ocasiones se las hiciera pasar putas y enjutas, al final siempre le llevaba adonde había agua, y si, por mala casualidad, no había agua en algún lugar relativamente cercano, compartía la de su cantimplora, empapando el pañuelo y pasándoselo por el morro. Vamos, que el sujeto humano era bastante hijoputa, pero se le podía soportar, aunque le estuviese dando aquella mala vida recorriendo todas las malditas montañas del Sudoeste.

—Oye, Caballo —dijo el hombre—, voy a echar una siestecita. Si se acerca alguien, avísame.

El caballo movió la cola, y eso fue todo.

Caray, qué bien se estaba después de comer. Y además, aquel cuervo estaba sabrosísimo. ¿Cómo podía ser así, en un bicho que sólo comía carroñas? Aunque vaya usted a saber, igual los cuervos comen escorpiones vivos. ¿Por qué no? Está un escorpión tan tranquilo; y ricamente tomando el sol cuando de pronto descende sobre él en picado el enorme cuervo, y ¡zas!, se lo zampa de un solo picotazo, con el veneno del aguijón incluido...

—Coño —reflexionó Brett Kimsaid—, la verdad, si acabo de comer cuervo relleno con veneno de escorpión y carroña de serpiente de cascabel muerta en una pelea con sus hermanas, o sea, también rellena de veneno... ¡Me cago en la vida perra! ¡qué asco!

Tendió la maloliente manta a la sombra, se tumbó sobre ella, y se durmió plácidamente.

El silencio era sencillamente abrumador. Muy lejos, hacia el oeste, si uno tenía un mínimo de imaginación podía imaginarse la fangosa corriente del Río Grande deslizándose como oro sucio bajo el ardiente sol de cien mil demonios. Y podía imaginarse las localidades de San Carlos, Ojinaga, Presidio...

Pero allí, en las estribaciones de los montes Santiago, sólo había sol, tierra hostil y quemante, y aquel horroroso silencio que pareció que jamás pudiera

ser roto por nada del mundo.

\* \* \*

Brett Kimsaid abrió un ojo, y enseguida el otro. No se movió: simplemente, abrió los ojos, y puso en máxima alerta sus oídos, que habían recibido la señal de alarma. En primer lugar, el piafar de su caballo, y, casi al mismo tiempo, el roce de algo duro contra roca.

¿O lo había soñado?

Miró a su caballo, que le miraba a su vez y movía la pata delantera derecha (la mano, con perdón) como queriendo escarbar. El animal dejó de hacer esto cuando su amo (su amigo) le miró. Transcurrió quizá un minuto antes de que en el silencio horroroso de la siesta truncada volviera a oírse algo, aquel sonido de algo duro contra roca.

Brett Kimsaid se sentó, con una simple flexión de cintura, y sacó el revólver. Aguzó el oído, y en su boca de lobo famélico apareció una sonrisa capaz de ponerle los pelos de punta al Miedo cuando volvió a oír, ahora inconfundiblemente, el mismo ruido.

«Los hay torpes —pensó—. Parecen mulas viejas en un roquedal».

Como quiera que era hombre más que precavido y ya había elegido el lugar muy adecuadamente para cualquier posible contingencia, todo lo que tuvo que hacer fue deslizarse hacia el fondo de la grieta tirando de la manta, de modo que no quedó de su presencia más rastro que unas delgadas hilachas de manta que ni siquiera, podían verse a más de un metro de distancia. Entonces, en la sombra llena de calor agobiante, permaneció quieto y en silencio, revólver en mano, esperando, igual que un lagarto que pretendiera convertirse en piedra, en sombra, en silencio.

Primero apareció un hombre, que recorrió con sus torvos ojos de mal nacido el lugar, convencido de que lo veía todo pero sin ver a Brett metido en la sombra de la grieta profunda. Luego, aparecieron dos sujetos más, a cuál más horrendo y repugnante. Llegaban con pretensiones de sorprender a quienquiera que fuese que encendiera fuego allí, y por tanto produjera humo que ellos habían visto en la distancia, pero no vieron a nadie, y evidenciaron una sorpresa propia de estúpidos, cretinos y retrasados mentales.

—No hay nadie aquí —dijo uno de ellos.

—Pues debería haber —murmuró otro.

—No puede estar muy lejos —apuntó el menos cretino—; no se alejaría mucho sin su caballo.

Esta conversación pareció agotar sus fuentes de inspiración y comunicación. Quedaron silenciosos, como atónitos, incapaces de reaccionar ante lo inesperado. Habían tomado todas las precauciones para llegar hasta allí en silencio a fin de sorprender al intruso de las montañas, y hete aquí, ¡oh, maléfica sorpresa!, que llegaban y no había nadie a la vista. ¿Cómo podía ser esto?

El más gordo de los tres enfundó el revólver, se puso de cara a una roca, y procedió a orinar, expeliendo un tremendo chorro propio de un caballo, que olía a bestia muerta y despedía un humo denso. Brett Kimsaid sonrió de nuevo, de aquel modo podía asustar a las fieras, y, apuntando con su revólver al pene del sujeto, barbotó:

—¡Bang, muerta la picha!

El sobresalto de los tres sujetos fue digno de escribirse en la historia de las memeces universales. El que estaba orinando soltó un respingo tremendo, y dio un salto que terminó con él sentado en el suelo y orinándose encima, mientras se volvía loco intentando desenfundar su revólver. El que había aparecido en primer lugar comenzó a maldecir mientras buscaba el lugar de donde procedía la voz. El tercero, menos tonto que los anteriores, efectuó un salto realmente acrobático que lo hizo desaparecer al otro lado de unas rocas sobre las cuales se había colocado.

¡Pack, pack!, disparó Brett Kimsaid como a desgana, pero con velocidad y puntería alucinantes.

El que se estaba orinando encima empezaba a sacar el revólver cuando la bala le acertó precisamente en el paquete genital, que reventó en sangre y orines, arrancando al sujeto un bramido capaz de rajar montañas. El otro, el que buscaba la procedencia de la voz de Brett, recibió la bala en pleno corazón, pareció soltar la vida con un bufido, y saltó hacia atrás, dejando en el aire un rojo dibujo de sangre pulverizada reluciendo al sol de la tarde; cayó de espaldas sobre una roca, y se quedó allí inmóvil, desorbitados los asquerosos ojos legañosos que, quizá por primera vez, contemplaron el cielo como maravillados ante tanta hermosura.

Brett miró de nuevo, rápidamente, al meón, que todavía aullando terminaba de sacar el revólver y se colocaba de rodillas, dejando bajo él un espantoso manchurrón de sangre. Se oyó el «cric-cric» del percutor de su revólver al ser montado, y entonces Brett volvió a disparar. Crujió la frente del sujeto al ser perforada por la bala, la cabeza fue sacudida brutalmente, y el cuerpo se venció hacia atrás, rebotó sobre las rodillas, y cayó de costado. El hombre, con el revólver en la mano, quedó en posición fetal lateral, con los

ojos casi fuera de las órbitas reflejando el resplandor inmisericorde del sol. Unas gotas de sangre, agrisada por su mezcla con la masa encefálica, salieron por el agujero de la frente, y cayeron sobre la roca: chop, chop, chop...

Y luego, de nuevo el horroroso silencio, mientras el caballo de Brett Kimsaid, aparentemente de piedra, sostenía la tensión que sólo se evidenciaba en su mirada despavorida.

Silencio.

Silencio, silencio, silencio.

Y por fin:

—¿Harry? ¿Porter? ¿Lo habéis liquidado?

—No —contestó amablemente Brett Kimsaid—: yo me los he cargado a ellos, so capullo.

Silencio.

Silencio, silencio, silencio.

Brett Kimsaid repuso en su revólver los cartuchos gastados, y sólo entonces volvió a hablar:

—Voy a hacer un trato contigo, media mierda: déjate ver empezando por las manos, que vayan apareciendo por encima de la roca, y te juro por tus podridos muertos que no te mataré. Hoy ya he comido.

La cosa le hizo gracia, y por tanto se echó a reír. Tenía una risa honda y como recortada en el calor, como si produjese un inesperado frescor. Era como algo vivo, contagioso. Se podían ver sus dientes amarillentos, sus encías que parecían de cuero. Era como la risa hipotética de un puma frente a un ternerillo perdido en el llano.

El otro comenzó a maldecir, y acto seguido preguntó:

—¿Quién eres? ¿Qué haces por aquí?

—Eso mismo pregunto yo, caramuerto.

—Yo me llamo Landix.

—Y yo Kimsaid. Y ahora que ya nos conocemos puedes pedirme un baile. De nuevo se echó a reír. Verlo reír ponía los pelos de punta.

En alguna parte, el sol se reflejó cegadoramente en el cañón de un rifle. Luego, lo hizo en tres sitios más. Poco después, entró en el juego otra voz humana, bronca, desabrida, brutal:

—¡Porter! ¡Landix! ¿Qué está pasando ahí?

Brett Kimsaid, que ya había visto los reflejos del sol en los cañones de los rifles, no pareció alterarse demasiado. Simplemente, apretó los labios, dejando su anterior risa y sonrisa convertidas en increíble recuerdo. Detrás del grupo de rocas que le servían de protección, Landix aullaba ahora:

—¡Es un solo hombre, Grarit! ¡Pero ha matado a Porter y Harry, y me tiene acorralado!

Hubo unos segundos de silencio. Luego volvió a oírse la misma voz bronca y desabrida:

—¡Hey, tú, quien seas!

—¿Qué te pica, voz de sapo? —inquirió, también a gritos, Kimsaid.

—¡Sal de ahí con las manos en el pescuezo, o te vas a arrepentir de haber nacido! Si te tenemos que sacar a tiros te haremos pedazos para alimentar a los escorpiones. ¿Me has oído?

—¿Y qué va a pasar si me entrego? —gruñó Kimsaid—. ¿Nos pasaremos el resto del día besándonos?

Sonó una risa entre las peñas. Luego, una voz diferente:

—Amigo, si se entrega podremos hablar, pero si no se entrega lo vamos a matar, aunque tardemos un año. Tenemos tiempo. Y somos muchos más que usted. Imagínese: cincuenta hombres esperando a que se le termine la comida, el agua, y la resistencia al sol y al frío de la noche. Se lo diré de otra manera; o se entrega para que charlemos, o péguese un tiro, porque si lo atrapamos vivo se va a enterar de cómo se muere rabiando.

—¿Y usted quién demonios es? —gruñó Brett Kimsaid.

—Me llamo Coleman.

Kimsaid entornó los párpados.

—¿Coleman? —inquirió.

—Coleman.

—¿Kirk Coleman?

—Kirk Coleman. ¿Nos conocemos de algo?

—Usted a mí, no. Pero yo he oído hablar de usted. ¡Maldita sea! No me diga que estos idiotas que me sobresaltaron con su estúpido modo de acercarse son amigos suyos.

—Lo eran.

—Pues siento lo ocurrido, pero ellos se lo buscaron. Nadie se acerca a Brett Kimsaid con tantas precauciones si no trae malas intenciones. Escuche, Coleman, yo no me metí con nadie, simplemente estaba descansando cuando aparecieron sus amigos armas en mano... ¿Qué demonios podía hacer yo?

—¿Qué busca por aquí?

—No busco nada. Voy de un lado para otro, eso es todo.

—¿Le persigue la Ley?

—Bueno, digamos que no tengo muchos amigos honrados, si eso contesta su pregunta. Oiga, Coleman, yo le admiro a usted. No me dé un premio por

ello, pero tampoco me fastidie. Que cada cual siga su camino, y aquí no ha pasado nada.

—Kimsaid: si no sale de ahí con las manos en alto le juro que se arrepentirá de haber nacido. Tiene cinco segundos para decidirse.

Brett Kimsaid comenzó a maldecir con tales florituras e imaginación que de nuevo se echó a reír el sujeto llamado Kirk Coleman. Por fin, comprendiendo que resistir significaría la muerte aunque les costase días a Coleman y los suyos acribillarlo, Brett Kimsaid arrojó el revólver a pleno sol, donde se pudiera ver bien, y gritó:

—¡Voy a salir! ¡No disparen!

No hubo respuesta. Kimsaid cerró los ojos un instante, aspiró hondo, y salió de su escondrijo, con las manos por encima de la cabeza. Casi al instante, por entre peñascos, aparecieron cuatro hombres armados con rifles, que le apuntaron significativamente.

-Eh, Landix —llamó uno de los sujetos—, ahí lo tienes. Sal a ver si esconde algún arma, pues tiene cara de tío listo y con mucha mala leche.

Landix salió, se aseguró de que Kimsaid no escondía ningún otra arma encima, y de pronto comenzó a maldecirlo con referencias a su madre, a su familia y a todos sus difuntos, y terminó su enfurecida reacción de rencor propinándole un furioso patadón que alcanzó a Kimsaid en plenos testículos. Brett soltó un bufido de gato gigante, se encogió, y su mirada turbia de cólera se posó en Landix, que se dispuso a propinarle otro patadón en el mismo sitio. No debió ensañarse. Brett Kimsaid se las vio venir todas malas, y pensó que si él moría a patadas en los testículos no sería justo privarle del mismo placer a otro ser humano, así que, anticipándose a Landix, le devolvió el primer patadón, con una ferocidad escalofriante.

Evidentemente, Landix tenía menos aguante que él, porque soltó un tremolante rebuzno, retrocedió, cayó de rodillas, y tras hundir la cara en la dura piedra, cayó de costado sin sentido.

Brett oyó tras él el impacto de unas botas contra la roca, y quiso volverse, pero sólo lo consiguió a medias. Pudo ver como una sombra al, sujeto, y el brillo del cañón del revólver sobre su cabeza.

Acto seguido recibió el trastazo. Tuvo la sensación de que dentro de su cabeza estallaba una tormenta con rayos y truenos, pero afortunadamente sólo duró un instante: cuando recibió el segundo golpe ya estaba sin sentido, y cayendo lentamente como hacia una oscuridad eterna.

## CAPÍTULO II

Pero no hay nada eterno.

Ni siquiera la muerte. ¿O sí es eterna la muerte? Porque resulta que hay quien dice que de la muerte se vuelve, tan ricamente, sólo que convertido en otra persona. Vamos, que uno se muere, o lo matan, vaya, y luego, como si hubiera estado dando un paseo por ahí; regresa a la vida.

Chocante.

Pero a lo mejor era cierto. Y a lo mejor también era cierto que existe el paraíso, o sea, ese sitio adonde van a parar todas las almas puras y bondadosas. Es decir, que en vez de volver a otra vida, va uno después de muerto, y llega al Paraíso. Hola, ¿qué tal?, soy Brett Kimsaid, acabo de morirme y vengo al Paraíso convertido en un alma pura y bondadosa.

Aquí estaba el fallo.

Porque a lo mejor todo era cierto, o cada una de esas teorías sobre la Vida y la Muerte eran ciertas en parte. Es decir, que quizá no volvería varias veces a vivir entre los humanos, y al final se quedaba como alma en el Paraíso.

Alma pura y bondadosa... Sí, aquí estaba el fallo, porque Kimsaid no tenía nada de puro ni de bondadoso, ni en cuerpo ni en alma. O sea, que no estaba en el Paraíso, seguro.

Pero entonces... ¿quién era aquel ángel?

Porque estaba viendo un ángel, esto sí que era seguro. Un ángel de encantadora cabellera rubia y alborotada, como llena de sol y de oro. Y un par de ojos entre verde y azul que mataban de belleza y dulzura. Y una boquita de querubín que partía el corazón.

Lo demás era de hembra. ¡Y qué hembra! Llevaba una vieja camisa a cuadros, desabotonada en la parte superior, y Brett Kimsaid alcanzó a divisar parte de unos senos rotundos, pétreos, quemados por el sol.

O sea, que no era un ángel. Y si lo era, a Brett le daba lo mismo: sintió la tentación de meterle un polvo celestial. Je, je, un polvo celestial, qué idea tan buena, qué ingenioso.

—¿Es usted idiota? —preguntó el ángel—. ¿De qué se ríe? No tiene un solo motivo para hacerlo.

O sea, que se estaba riendo, comprendió Brett. Es decir, debía de estar sonriendo nada más.

Y de pronto lo recordó todo, quiso ponerse en pie, y se encontró imposibilitado para hacerlo. Mirando a norte, sur; este y oeste comprendió lo que ocurría: estaba atado por las muñecas y por medio de unas fuertes sogas de cáñamo a sendas rocas, formando una equis, tendido cara al sol sobre un suelo áspero y ardiente.

Junto a él estaba el ángel. Más allá se veía el sol, que iba adquiriendo la roja tonalidad del atardecer. Y más allá...

Más allá estaba la caterva, las bestias, el rebaño de animales mezclados: caballos, mujeres, perros, hombres... El campamento. El desperdigado campamento instalado en aquella meseta soleada y expuesta a todos los vientos que silbaban por entre los montes Santiago. A los caballos se les podía llamar caballos, y a los perros se les podía llamar perros, porque se veía claramente que cada cual era cada cual.

Pero a las personas, a los hombres y a las mujeres que Brett estaba viendo, se les podía llamar de cualquier manera, porque parecían cualquier cosa, incluso animales disfrazados de seres más o menos humanos, Quizá cincuenta personas, quizá sesenta, quizá ochenta. Había algunas tiendas, mantas y sillas de montar por el suelo; fogatas, paquetes de víveres, utensilios de cocinar, botellas vacías, algunas rotas... Los hombres eran todos mal encarados, rabiosos, malvados, criminales. Las mujeres, casi todas ellas sucias y con un hálito salvaje que parecía envolverlas, eran simplemente unas zorras. Unas zorras que sobrevivían formando con los hombres bestiales una espeluznante manada jamás imaginada. Algunos miraban a Brett, pero siempre con indiferencia. Una mujer se dio cuenta de que él la miraba, sonrió, y se sacó un formidable pecho por el escote, echándose a reír seguidamente. Uno de los tipos, sentado como ausente de todo, bebía trago tras trago de una botella de *whisky*. Brett se pasó la lengua por los labios mirando la botella, y luego volvió a mirar los ojos verdiazules del ángel soñado que le contemplaba atentamente.

—Tengo sed —dijo Brett.

—Ya. Y le gustaría tomar un trago de *whisky*, ¿verdad?

—Pues si —sonrió Brett, notando enseguida la tirantez en el lado derecho de su cara.

Siguió recordando, con rapidez vertiginosa. O sea, que le habían roto la cabeza, que por cierto le dolía considerablemente, y luego se lo habían llevado al campamento, donde había despertado, dolorido, con sangre ya seca en la cara, dos chichones, sediento, y atado como si lo hubieran cazado los apaches y lo hubieran dejado para que lo devorasen las hormigas, las tarántulas, los escorpiones, los coyotes y los cuervos. No se podía decir que estuviesen en el mejor momento de su vida, ciertamente.

—Me parece —dijo el ángel sin alas— que nadie le va a dar ningún trago de nada. Y ha tenido usted suerte de que le encontrásemos esto en uno de sus bolsillos; de otro modo, Landix ya lo habría hecho picadillo.

Mientras hablaba, la muchacha mostraba a Brett Kimsaid el pasquín que ofrecía su propia imagen y con números y letras bien claros explicaba que se pagarían 800 dólares a quien entregase a Brett Kimsaid vivo o muerto; preferentemente muerto, porque era un sujeto de mucho cuidado: había asaltado trenes, diligencias, bancos, ranchos y hasta corrales de gallinas, y había matado a más hombres que la peste.

El retrato de Brett Kimsaid no le había favorecido demasiado, pero lo cierto era que con aquella cara tampoco se podía esperar ningún milagro.

—¿De qué va todo esto? —gruñó por fin Brett, tras contemplar su rostro remotamente parecido en el pasquín—. ¿Os estáis divirtiendo conmigo? Eh, un momento, ahora que recuerdo estuve charlando con Kirk Coleman: dile que quiero decirle algo.

—¿Qué quiere decirle?

—¿Tú eres Kirk Coleman? —gruñó Brett.

—No se las dé de gracioso conmigo, Kimsaid: sepa que soy la única persona en el campamento capaz de compadecerse de usted un mínimo. Los demás no moverían por usted ni un párpado.

—¿Y tú qué moverías por mí? —sonrió la boca de lobo de Brett, mientras los gélidos ojos azules deslizaban una mirada hacia los sensacionales pechos del ángel.

—Es usted un cretino.

—Está bien, no eres Kirk Coleman —gruñó—, así que ve a decirle que quiero hablarle. Y si quieres, podrías darme *whisky*.

—Ni hablar de eso.

—¿Agua? —disminuyó sus pretensiones Kimsaid.

—Está bien, le daré un poco de agua.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Loraine.

La bella mujer se incorporó, y se alejó, seguida por la mirada de Brett. Loraine... Muy bien: Loraine. La muchacha era hermosa, pero olía a sucio... Todo allí olía a sucio. El sol iba cayendo en el horizonte, convertido en una bola que ya casi se podía mirar y pasando del anaranjado al rojo oscuro. Brett Kimsaid buscó en el cielo la primera estrella de siempre, y, en efecto, allá estaba, lanzando sus todavía pálidos destellos. Un airecillo suave comenzaba a nacer entre las montañas.

Oyó risas en alguna parte, y maldiciones en otra. En todas partes comenzaba a sonar ruido de sartenes y demás cacharros. Se encendían fogatas en los sitios ya señalados y preparados con piedras.

Vuelta la cabeza hacia el centro del campamento, Brett Kimsaid lo miraba todo con expresión indescifrable, impenetrable. Sí, quizá había unos cincuenta hombres, y al parecer no menos de veinte mujeres. Y perros y caballos. Era la horda más espantosa que se pudiera imaginar. Uno de los barbudos e infernales sujetos agarró de pronto a una de las mujeres por el cabello, y se la llevó casi arrastrándola hacia un grupo apartado de rocas, tras las cuales la tendió, sin hacer el menor caso a los gritos y los insultos de la mujer, que cesaron bien pronto, por otra parte. Alguien comentó que el cerdo de Ben echaba un polvo cada noche antes de cenar, porque después no podía: quedaba tan lleno de comida que todo lo que podía hacer era tumbarse a dormir y pasarse la noche expeliendo tal cantidad de pedos que parecía una tormenta. Se oyeron risas y bromas sobre Ben y la mujer de la que se estaba beneficiando, que al parecer se llamaba Wilma, y hasta que se juntó a aquella caterva estuvo haciendo de puta pobre y mal pagada en un saloon.

El espectáculo era increíble, fascinante. Y por entre aquella masa de carne bestial reapareció Loraine, portando una cantimplora. Brett notaba la boca seca como pocas veces en su vida, y se las prometía ya felices al menos en cuanto a la sed se refería, cuando apareció Landix, caminando como si los pies fuesen de plomo. Brett recordó el patadón que le había atizado, y no pudo contener una risita.

La mirada de Landix, rápida, fría y hostil como la de una víbora pisada, fue hacia Brett, y luego hacia Loraine.

—Tú —incredó—, ¿adónde vas con esa cantimplora?

Lorraine no le hizo caso, y llegó junto a Brett, acuclillándose a su lado de nuevo. Destapó la cantimplora, y la acercó a la boca del prisionero... pero un tremendo puntapié de Landix lanzó la cantimplora por los aires y arrancó un grito de dolor a la muchacha, que se puso en pie de un salto, lanzando fuego por los ojos.

—¡Perro asqueroso! —gritó—. ¡Te voy a matar por esto!

—Seguro que sí —masculló Landix desdeñosamente—, pero no ahora... Hala, vete por ahí a ver si encuentras a Jason para que te joda. Y tú, querías agua, ¿eh? ¡Conque querías agua...! ¡Pues entérate de que no tendrás agua ni tendrás nada, entérate de que eres mi prisionero, y entérate de que vas a estar así hasta que yo quiera cortarte los huevos y el cuello, rata de mierda!

Mientras vociferaba, Landix se había liado a puntapiés con Brett Kimsaid, machacándole los costados y buscándole también el rostro, que alcanzó un par de veces, partiéndole el pómulos derecho... Finalmente, se colocó en la zona media del cuerpo de Brett, alzó un pie calzado con apestosa y gruesa bota, y lo dejó caer sobre la zona genital. El rostro de nuevo sangrante de Brett se desencajó, y perdió todo color, pero no profirió un grito en ningún momento; era como si fuese mudo.

Y así se desvaneció de nuevo, en silencio, al recibir el segundo pisotón bestial en el mismo sitio.

—¡Ah, no! —rebuscó Landix—. ¡Nada de eso! Quiero que estés bien despierto mientras te pateo, perro asqueroso... ¡Gladys, ven aquí!

Una de las mujeres, posiblemente la más alta y gruesa de todas, se acercó, bamboleando sus enormes pechos y sus colosales caderas. Era una bruja de más de cuarenta años que olía a ratas muertas, pero cuyo corpachón todavía era un gran deleite para los hombres del campamento a los que les gustaba la abundancia carnal.

—¿Qué es lo que quieres? —rezongó la mujer—. ¡A mí no me metas en tus cosas!

—¡Yo te meto lo que me da la gana! —gritó Landix, provocando algunas risotadas—. ¡Ven a mearte encima de este hijoputa;

Hubo un instante de pasmo general. Luego, alguien rió, y enseguida sonaron nutridas risas. Hombres y mujeres comenzaron a interesarse por el asunto, que hasta entonces les pareció demasiado simple: Landix había tenido un tropiezo con un tipo, y allá lo tenía, a la espera de decidir algo sobre él.

Pues bueno, ya parecía haber tomado una decisión, y la cosa tenía su gracia.

Incluso a Gladys le hizo gracia. De pronto se echó a reír, fue a colocarse sobre Brett, con una pierna a cada lado del cuerpo masculino, y tras alzarse las faldas se acuclilló y comenzó a orinar. Hubo unos instantes de silencio tal que se oyó el fuerte chorro de la micción, mezclado con las risas contenidas de Gladys. A continuación todos comenzaron a reír y a hacer comentarios, y otra mujer exclamó:

—¡Déjame sitio ahí, Gladys!

—Te esperas que yo acabe —rechazó la aludida.

—No tengo que esperar nada. ¡Te digo que me dejes sitio!

—¡Y a mí también! —pidió otra mujer.

—¡Y a mí!

—¡Y a mí!

—¡Y a mí!

Vagamente, mientras regresaba de su desvanecimiento, Brett Kimsaid oía los gritos y las risas. Cuando terminó de abrir los ojos sólo pudo ver rostros de mujer alrededor suyo. Oía risas por detrás de las mujeres. Se sentía mojado. Era como si estuviese cayendo lluvia caliente. De repente lo comprendió, y su rostro sufrió una sacudida, un estremecimiento de todos y cada uno de sus músculos.

—¡No dirás que no te cuido! —oyó la voz de Landix—. ¡He puesto todas las mujeres del campamento a tu servicio, para que te den agua!

Las risas eran ya como una tempestad de sonidos bestiales. Aparecían torvas caras, ojillos porcinos, bocas caballunas de supuestos hombres que lo estaban pasando en grande y que jaleaban a las mujeres a ver cuál de ellas orinaba más y con más fuerza y pestilencia, cruzándose apuestas a ver cuál de ellas alcanzaba con el chorro insólito la cara del prisionero...

—¡Landix! —tronó de pronto la voz.

En un instante la escena cambió por completo; Brett Kimsaid se encontró solo, empapado y tendido a los pies de Landix, que era el único que no se había movido de su sitio al sonar aquella voz. Todos los demás, hombres y mujeres, se habían apartado como huyendo del mismísimo diablo, formando un amplio círculo en cuyo centro permanecía Landix, de pie y súbitamente lívido.

Brett Kimsaid miró al hombre de la voz de trueno recién aparecido en escena. Medía casi metro noventa, era fuerte, sólido como una montaña, y sus claros ojos reflejaban los últimos destellos cárdenos del sol poniente. Una melena rubio oscuro le confería un extraño aspecto agradable que la hirsuta barba también rubia deterioraba. Quizá tuviese cuarenta años, quizá sesenta, o tal vez treinta... Imposible definirlo.

Pero una cosa sí estaba clara: llevaba dos revólveres, sabía usarlos, y en aquel momento estaba dispuesto a hacerlo.

Así que Brett comenzó a relamerse pensando en la muerte de Landix. ¡Ah, qué placer, verlo caer hecho trizas a balazos...!

—No te metas en esto, Jason —masculló Landix—... ¡No es cosa tuya!

—Por mí, puedes meterte en el culo a tu prisionero, o cocinarlo a fuego lento y comértelo —barbotó Jason con voz cortante—, pero esa patada que le has dado a Loraine la vas a pagar. ¡Maldita sea tu estampa, le has roto dos dedos de la mano, cerdo!

—¡Ya le advertí que no le diese agua a Kimsaid!

—Pues yo te advierto a ti que, o sacas tú revólver o te voy a cortar la cabeza y te...

—Un momento, Jason —intervino otra voz, que Brett ya conocía—... No compliquemos las cosas, ¿de acuerdo? Landix es uno de los míos, y no me parece que sea amistoso por tu parte liquidármelo. Ya ese Kimsaid me mató a Porter y Harry, y no me sobran hombres.

—¡Pues búscalos! —se revolvió furiosamente Jason—. Pero sabes perfectamente que tengo advertido que quién se meta con Loraine es hombre muerto.

—Escucha, sólo ha sido un puntapié, ¿no es cierto? Si quieres, dale una paliza a Landix, pero nada de matarlo. Tengo en perspectiva un trabajo, y no puedo perder más hombres. ¡No vamos a estropear este campamento que tanto tiempo lleva funcionando bien por una simple patada a una mujer!

—¡Esa mujer es la mía! —tronó Jason—. ¡Y todos saben que no deben ni siquiera acercarse a ella, Coleman!

—¿Sí? Pues dile a ella que tampoco se acerque a los demás. Porque has de saber que todo esto no habría sucedido si tu mujer no se hubiera interesado por Kimsaid y hubiera querido darle agua. ¿Quién le dio a ella vela en este entierro? —Kirk Coleman se mostraba ahora casi agresivo—. Para que la dejen en paz ella también ha de ocuparse sólo de sus cosas, ¿no te parece?

Brett Kimsaid, que iba mirando de uno a otro hombre, había comprendido ya que iba a verse privado del placer de ver cómo el tal Jason mataba a Landix.

Pero todo esto le impresionaba bien poco comparado con la información recogida respecto al ángel y su relación con el gigantesco Jason. ¿Cómo un ángel como aquél podía ser la mujer del barbudo bandolero? Maldita sea, si es que no hay nadie sano en esta puerca vida, no hay nadie que valga un centavo, nadie con sentido común, nadie con decencia...

—Está bien —aceptó las componendas Jason, aunque de mala gana—. Vamos a dejarlo por esta vez, pero si este perro vuelve a meterse con mi mujer por lo que sea, que se dé por muerto. ¡Y no me toques los cojones, Coleman! Tú eres jefe de una banda, de acuerdo, pero yo soy el jefe de este campamento, y por tanto jefe de los jefes de todas las bandas. ¡A menos —la

mirada de Jason pareció tornarse negra y pérfida— que tengas algo que oponer a esto!

Una leve sonrisa como retorcida pasó por los delgados labios de Kirk Coleman.

—Tranquilo, Jason —exhortó suavemente—: Si algún día decido discutir tu jefatura de todas las bandas puedes estar seguro de que te lo diré.

Junto a Jason estaba Loraine, que se tomó de un brazo del gigante, con gesto tan tenso que Brett Kimsaid no pudo dejar de notarlo. Miró a los ojos a la muchacha, y vio en ellos una expresión como de acorralamiento, cosa que no comprendió. ¿Por qué tener miedo a nadie, si contaba con el apoyo nada menos que del gigantesco y invencible Jason, jefe de jefes de banda?

Jefe de jefes de banda.

Esto sonaba bien: jefe de jefes de banda.

Es decir, que en aquel campamento se habían reunido varias bandas, cada una con su respectivo jefe, pero todos éstos bajo las órdenes de uno solo: Jason el gigante.

El cual, por fin, dio la vuelta y se alejó con Loraine colgada de su brazo.

—¿Seguiremos meándonos encima de él? —propuso una pelirroja con cara de vieja zorra viciosa—. ¡Es de lo más divertido!

-Ya basta por hoy —ordenó Kirk Coleman—. Vamos, preparad comida y ocupaos de vuestras cosas. Y tú, Landix, deja tranquilo a Kimsaid. Mañana será otro día. Si es que él llega a mañana, pues le espera una noche que no tiene nada de divertida.

Kirk Coleman se alejó, riendo, como olvidado completamente de Kimsaid. Landix le dirigió una rencorosa mirada, pero sin duda Coleman tenía un don de mando de lo más convincente, pues el canalla no volvió a acercarse a Kimsaid.

Éste quedó de nuevo solo. Se sentía como metido en un baño caliente, pero sabía que esto le iba a causar más perjuicio que otra cosa. Lo de menos era la humillación de haber sido meado, y el olor que desprendía todo su cuerpo. Sí, esto era lo de menos. Lo malo iba a ocurrir aquella noche, cuando los orines, por supuesto, se hubieran enfriado sobre su cuerpo y además llegase con ímpetu el frío aire que no cesaba hasta bien clareado el amanecer. La perspectiva de aquella noche era para ponerle los pelos de punta a cualquiera, y Brett Kimsaid se estremeció, pues sabía que ni él ni nadie era un superhombre.

Incluso podía morir de frío aquella noche.

Aparecieron las estrellas, distantes y nítidas en la noche que comenzaba a enfriarse rápidamente. No muy lejos de Brett Kimsaid resplandecían las hogueras, alrededor de las cuales sonaban voces y risas. Sencillamente, nadie se acordaba de él. Comenzó a percibir el olor de tocino frito y de otras comidas que le parecieron manjares. El bullicio era considerable en el campamento, y la luz de sus fogatas se esparcía de modo que todo quedaba bastante bien iluminado. Alguien encendió cuatro antorchas, que fueron colocadas en lugares adecuados para que la visibilidad fuese adecuada en todos los puntos del campamento.

A lo mejor aquellos cincuenta y tantos hombres valían en total más de ciento cincuenta mil dólares, pero lo mismo daba, porque nadie tendría reaños para intentar cobrarlos. Era muy posible que desde muy lejos se divisara el resplandor de sus fogatas, pero nadie se atrevería a molestarlos, nadie se atrevería a atacarlos, ni siquiera en nombre de la Ley. ¿Quién podía atreverse a atacar en las montañas a cincuenta hombres armados hasta los dientes y más malos que el demonio?

Nadie, por mucho que pudieran valer hasta ciento cincuenta mil dólares. O quizá incluso doscientos mil dólares.

«¡Qué barbaridad, doscientos mil dólares!», pensó Brett Kimsaid.

Al poco comenzó a sentir el primer mordisco del frío nocturno. Y, en efecto, los orines ya enfriados sobre él empeoraron considerablemente la situación.

## CAPÍTULO III

Cuando lo soltaron cayó hecho un ovillo a los pies de Kirk Coleman, dentro de la tienda de éste. Estaba tan castigado por el frío que ni siquiera podía temblar; parecía de piedra. De piedra azul, como sus ojos que resplandecían congestionados en un rostro desencajado, lívido.

—De manera que no te has muerto —comentó festivamente Coleman—. ... Pues eres un tipo duro de verdad, Kimsaid.

Éste consiguió tragar saliva. Hacía poco que había salido el sol, y cuando apenas comenzaba a pensar en el alivio que su calor podía producirle tras la noche pasada, que recordaría como la más horrenda de su vida, lo habían desatado para llevarlo a la tienda de Coleman, a cuyo interior, claro está, no llegaba el sol.

—¿No tienes nada que decir? —se sorprendió Coleman—. Cuando menos podrías darme las gracias por haberte sacado de tu mala situación.

Kimsaid lo miró, y eso fue todo. Kirk Coleman frunció el ceño.

—Escucha —exigió secamente—, si no te interesa hablar conmigo a mí me tiene sin cuidado. Todo lo que tengo que hacer es olvidarte para siempre y dejar que Landix se divierta contigo... mientras le dures.

Brett Kimsaid era cualquier cosa menos tonto, así que dijo, no sin dificultades, pues hasta la voz parecía habersele helado aquella noche:

—Es que no... no puedo... ni hablar...

—Ya. ¿Pero te interesa escucharme?

Brett asintió con un gesto, ganándose así una mirada aprobativa por parte de Coleman, que expuso:

—De acuerdo. Mira, a mí no me gusta complicarme la vida, de modo que te explicaré claramente cómo están las cosas: tú mataste a dos de mis hombres, y ahora me falta gente para algo que tengo que hacer dentro de tres o cuatro días. Podría ir a cualquier pueblo a buscar a alguien conveniente, pero los tipos como nosotros no abundan, ¿comprendes?

—No... no estoy... seguro...

—Pues está clarísimo. A cualquier parte que vayas encontrarás gente que no son más que escoria repugnante. Pueden ser tan canallitas como nosotros, y hasta más, pero son miserable escoria que no sabe manejar bien de verdad un revólver. Yo no quiero patosos ni manazas conmigo, Kimsaid, sino gente que tire bien. Y tú tiras bien y no te arrugas fácilmente. De modo que ésta es mi oferta: quédate conmigo a mis órdenes, y asunto concluido.

Brett Kimsaid estuvo unos segundos mirando los penetrables ojos de Kirk Coleman, y luego miró a los dos hombres que le habían arrastrado hasta la tienda, uno de los cuales era Landix, que le contemplaba con indisimulable rencor.

Movió la cabeza hacia él.

—¿Y qué... qué me dices de... de Landix...?

—Si entras en mi banda, olvida lo sucedido, y él también lo olvidará. Y si alguno de vosotros busca complicaciones se las verá conmigo. ¿Me has entendido bien?

—Sí... Sí.

—¿Y bien?

—Por... por mí está... está bien... Es más, me alegro... de quedarme contigo, Coleman, pues siempre... siempre te he admirado.

—Sí, ya lo dijiste —sonrió el pistolero—. De acuerdo, ya eres uno de los míos. Venga, soltadlo y dadle de comer.

—Y *whisky* —pidió Kimsaid—... Necesito... beber un trago.

—Dadle una botella —rió Coleman—... ¡Y maldita sea, lleváoslo de aquí, huele peor que un muerto!

—Es que cuando una mujer mea, mea —comentó Landix sádicamente—. No me extrañaría que Kimsaid se pasara el resto de su vida oliendo a mujer meona.

Se echó a reír. Su compañero también rió. Kirk Coleman rió. Y Brett Kimsaid también terminó por reír, como pudo.

Había sido todo muy divertido.

Je, je, muy divertido.

Pero Landix no era el único en saber gastar divertidas bromas, y si no, al tiempo.

\* \* \*

A media mañana las cosas estaban bastante mejor en la vida de Brett Kimsaid: se hallaba desnudo, envuelto en una manta y disfrutando del calor

del sol, que iba disolviendo el tremendo frío inolvidable pasado aquella noche al sereno. Además, había comido, y luego le habían dado una botella de *whisky*, de la que iba tomando sorbos que parecían llevar el fuego solar el interior de su cuerpo.

Bueno.

De acuerdo.

Pues muy bien. Lo pasado pasado, ¿eh?

—¿Se encuentra mejor?

Brettladeó la cabeza y entornó los párpados, dejando sus pupilas fijas en las de Loraine, que había parecido junto a él en el borde del risco donde el sol daba de lleno. Los revueltos cabellos espléndidamente salvajes de la muchacha parecían incendiarse en oro. Llevaba unos pantalones muy ajustados, tanto que se marcaba el leve abultamiento del vello sexual. La mirada de Brett descendió hacia allí, bajó luego hacia el llano, regresó al escote de Loraine, terso y magnífico, y finalmente de nuevo quedó fija en los ojos verdiazules.

—Psé —murmuró.

—No me gusta que me miren así —susurró ella.

Kimsaid entornó tanto los párpados que era prácticamente imposible ver sus ojos.

—¿Qué quieres ahora? —masculló—. ¿Buscar más follón?

—Es usted un cerdo desagradecido —la muchacha mostró la mano izquierda, con dos dedos entablillados—... Por culpa de usted me rompieron dos dedos.

—Está bien, tienes razón, y si quieres que te dé las gracias, pues te las doy. Ahí van: muchas, muchísimas gracias. ¿Está bien así?

—Sí, está bien.

—Estupendo.

—Pero sigue sin gustarme que me miren así.

—¿Así? ¿Cómo te he mirado?

—Y sigue mirándome... Me mira como si quisiera desnudarme y poseerme.

—Oye, ¿sabes que eres muy lista? —el tono de Brett no podía ser más sarcástico—. De manera que te presentas aquí enseñándome los pechos y dejando adivinar lo que tienes entre las piernas, te pones a mirarme con esos ojos que parecen soles azules, me hablas con esa boca de flor caliente, me haces pensar en lo que ésta noche y todas las noches hacéis tú y tu marido, y todo eso en unos momentos en que todavía no me creo que estoy vivo

después de la más maldita noche de mi vida... y cuando empiezo a reaccionar con el sol y la comida, tengo una botella de *whisky* en mis manos y estaba pensando que la vida sigue, te sorprendes de que piense en meterle una docena de polvos a una hembra como tú, que merece lo mejor que pueda darle un hombre. ¡Maldita sea tu estampa, nena!, ¿eso no es venir a buscar follón, eso no es venir a tocarle las narices a un hombre?

—Cerdo.

—Putá.

¡Plaf!, resonó fuertemente la tremenda bofetada aplicada por Loraine en pleno rostro de Brett Kimsaid. La cabeza de éste apenas se movió, pero la herida del pómulo se abrió, lentamente, y la sangre comenzó a brotar de nuevo, deslizándose por el rostro del hombre.

Brett Kimsaid ni pestañeó. Continuó mirando los ojos de Loraine, cuyas facciones se habían demudado y aparecían diferentes. Hacía falta valor para soportar la implacable e impenetrable mirada del pistolero, pero evidentemente Loraine debía de tenerlo, pues no cedió fácilmente, ni mucho menos. Por fin susurró:

—Si Jason ve que me mira usted así lo matará.

La mirada de Brett Kimsaid no varió en absoluto. Era como si de repente sus ojos y hasta sus facciones se hubieran convertido en piedra. Había en toda su actitud un mucho de fiera que ha decidido estudiar detenidamente a la extraña presa antes de devorarla.

Despacio, Loraine se puso en pie, y se alejó, también muy despacio Brett Kimsaid estuvo mirándola hasta que desapareció por entre las peñas en dirección al campamento. Sólo entonces se pasó el dorso de la mano por la cara, retirando de cualquier manera la sangre que en escasa cantidad brotaba del pómulo.

Luego sonrió, bebió otro trago de *whisky*, y soltó un espléndido eructo que le puso de magnífico humor.

Y es que ya se sabe: en la vida hay momentos malos y momentos buenos.

Vaya lo uno por lo otro.

\* \* \*

—O sea —resumió Jason, mirando directa y fijamente a Kirk Coleman—, que si primero te acompañamos hasta San Carlos para que hagas allí lo tuyo, luego te vienes con todos nosotros para el golpe de Marfa.

—Ésa es la idea —asintió Coleman.

—Una mala idea —deslizó Hereford, otro de los jefes de banda.

—¿Por qué es mala idea? —gruñó Coleman—. Ya sé que la costumbre es que cada cual utilice para sus asuntos sólo la propia banda, pero en esta ocasión el botín puede ser muy bueno, y todavía sigue faltándome un hombre, a pesar de contar con Kimsaid.

—Pues te lo buscas —insistió Hereford—. Cada cual hace sus cosas, Coleman, y la gente del campamento solamente hace una incursión en conjunto cuando el objetivo es común, cuando conviene a todas las bandas.

—Sí, pero...

—Nada de peros. Arréglatelas sólo con tus hombres.

—Dejadle hablar —ordenó Jason, que solía incluso en su tienda ser el que menos hablaba en las reuniones. Las cosas no se arreglan por la costumbre, sino por la inteligencia. Y os guste o no, Coleman es aquí de los más listos. A ver, Kirk, explícate.

—Bueno —sonrió Coleman—, todos sabemos que en breve el campamento tendrá que tomar un pueblo, ¿no es así? Empezamos a necesitar de todo: las mujeres están demasiado sucias, se nos acaba el dinero y la comida, se nos han muerto algunos caballos... ¿Es o no es cierto que todo el campamento tendrá que tomar pronto un pueblo?

—Es cierto —admitió Jason—. ¿Y qué?

—Pues propongo que tomemos San Carlos. Y no sólo porque me conviene a mí para «mi asunto», sino para resolver los problemas de todo el campamento. Si tenemos que tomar una vez más un pueblo, ¿por qué no San Carlos? Es mucho más fácil de tomar que Marfa.

Jason frunció el ceño, y estuvo reflexionando largamente sobre la propuesta, sin que nadie le interrumpiera. Por fin, el jefe de jefes de banda movió negativamente la cabeza.

—No, Kirk. Lo siento.

—¿Por qué, no? —se mostró molesto Coleman—. No es una mala idea, y tú lo sabes.

—Prefiero tomar Marfa, aunque en principio parezca más arriesgado.

—¿En principio? En Marfa vais a encontrar incluso rurales.

—Ya sabemos cómo meter en cintura, a los rurales —sonrió astutamente Jason. Sí, es cierto, pero...

—No hay más que hablar, Coleman. Y te diré por qué no quiero ir a San Carlos contigo. En primer lugar, tenemos que cruzar la frontera, cosa que prefiero evitar durante algún tiempo, pues desde la última vez tenemos a los

mexicanos muy cabreados, y cualquier día nos pueden dar un susto de los grandes...

—¡Bah! ¡No me digas que les tienes miedo a los mexicanos!

—Pues mira, casi más que a los norteamericanos, ¿sabes? Nosotros, los norteamericanos, también tenemos mucha mala leche, pero menos paciencia. Sí, por ejemplo, un *sheriff* se decide a perseguirnos por las montañas con un buen grupo de hombres, pronto se cansará, porque se las haremos pasar negras por los principios, les forzaremos a terminar con su comida y con su agua, y si les matamos los caballos entonces sí que la han pringado. Pero los mexicanos son diferentes, tienen otro temperamento, otro carácter: un mexicano es capaz de esperarte un año en un desfiladero, comiendo tierra y bebiendo orines de escorpión si sabe que finalmente vas a pasar por allí y va a poder darte la lección que hace tiempo te debe. Ahora, imagínate que, ya más que hartos de nosotros, unos cuantos cientos de mexicanos nos están esperando por varios pasos del Río Grande, y que nosotros llegamos allá con las mujeres, los caballos cansados y escasos, faltos de víveres y asqueados de la vida... No, amigo, no, ¡ni hablar de eso! Durante una temporada he decidido no cruzar la frontera mexicana, y así se hará mientras yo mande en este campamento. Y si hay alguien que no esté conforme que lo diga ahora.

Quedó como, flotando un silencio que tenía tanto de admirativo como de respetuoso. Incluso Kirk Coleman, tras farfullar algo, esperó a que su silencio fuese lo suficientemente expresivo de su acatamiento.

Luego decidió:

—Está bien, entonces me voy yo con mis hombres a San Carlos, y ya nos reuniremos con vosotros dentro de dos semanas en los montes Cuesta del Burro. Lo que me gustaría saber es cómo os las vais a arreglar hasta entonces.

—Algunos compañeros harán pequeñas pillerías por esta zona —sonrió Jason—, así que no te preocupes: cuando llegue el momento estaremos preparados para tomar Marfa, que eso sí será un buen bocado, y no un poblacho mexicano.

—Ya que mencionas eso —habló Chuckman, otro de los jefes de banda—, me gustaría saber qué demonios espera encontrar Coleman que valga la pena en una aldea mexicana.

—Eso es cuenta mía —replicó Coleman—. Pero os aseguro que es un buen golpe.

—Pues que te aproveche —desdeñó Osgood, otro de los jefes.

Kirk Coleman pasó rápidamente la mirada por los reunidos aquella vez en la tienda de Jason. Todos buenas piezas, como él mismo, malos como la carne

de sapo y con manos rápidas como centellas para sacar y disparar. Sólo un loco absoluto se atrevería a incordiar a hombres como Osgood. Martins, Hereford, Chuckman, Jones y Bradley. Y todavía faltaban tres que seguramente se reunirían con el grueso del campamento en Cuesta del Burro.

—De acuerdo —Kirk se puso en pie—. Mis hombres y yo saldremos al amanecer hacia la frontera.

Salió de la tienda, casi tropezando allá con Loraine, que le miró inexpresivamente. Coleman sonrió obsequiosamente, intentando disimular sus pensamientos y deseos, cosa que quizá pudiera conseguir ante el mismísimo Jason, pero no ante la muchacha.

—Adiós, Loraine —dijo con voz amable y suave—. Espero volver a verte dentro de un par de semanas...

—Si sigues vivo, me verás —murmuró ella, interrumpiéndole.

Kirk Coleman se pasó la lengua por los labios, asintió, y no pudo evitar que su mirada de sierpe hambrienta se hundiera entre los senos de Loraine. La maldita. Siempre llevaba los pechos sueltos, de modo que cualquier hombre, por poca imaginación que tuviera casi podía verlos, tersos, turgentes, pechos de hermosa fiera rematados por grueso pezón...

Para Loraine los pensamientos de Coleman eran diáfanos; casi era lo mismo que si él se los estuviera exponiendo de viva voz, pero no demostró darse por enterada. Simplemente, se dispuso a entrar en la tienda.

Coleman la asió entonces por la muñeca de la mano herida, y ella hizo un leve gesto de dolor.

—Espera —susurró el forajido—... Todavía no he terminado de hablar...

—Creía que sí, perdona —sonrió ella—. Tú dirás.

—Siento lo de tus dedos rotos.

—Gracias. Y si tanto lo sientes, ¿por qué no le das un buen escarmiento a esa bestia de Landix?

—Tal vez lo haga, si realmente lo deseas.

—Lo que deseo es que me sueltes... Me duelen los dedos, y tu mano es demasiado fuerte para mi carne.

Coleman miró su mano como clavándose en la carne de la muñeca de la muchacha, estuvo así unos segundos, dándole vueltas en la cabeza a sus turbios pero muy normales y viriles pensamientos, y la soltó por fin, lentamente susurrando:

—Ya nos veremos.

Se alejó, ajeno a que, poco más allá, sentado sobre su silla de montar y liando un cigarrillo, Brett Kimsaid no le había perdido de vista ni un segundo

desde que saliera de la tienda. No pudo ver, por tanto, el feroz destello en los habitualmente impasibles ojos del pistolero que todavía apestaba a orines de mujer cerril.

Pero Loraine si se dio cuenta de la presencia de Kimsaid, y captó su mirada de hombre contra el hombre que rondaba a la hembra. La expresión del pistolero liberado fue breve, pero horriblemente explícita y cruel, hasta el punto de que la muchacha sintió un vuelco en el corazón, y se llevó las manos al pecho, como si temiera que pudiera escapársele. Cuando Brett Kimsaid la miró a ella, Loraine tuvo por un instante la sensación de que las piernas se le iban a doblar.

Pero la mirada de Kimsaid fue breve. El pistolero encendió el cigarrillo, se puso en pie, y se fue en pos de Kirk Coleman, que estaba llamando a gritos a sus hombres.

Lorraine tuvo la súbita certeza de que iba a ocurrir algo terrible, y sintió como si todo el frío del mundo se concentrase en sus vísceras y las congelase.

—¿Y Kimsaid? —gritaba Coleman—. ¿Dónde está Kimsaid?

-Estoy aquí —dijo Brett, deteniéndose detrás de Coleman, con el cigarrillo colgando de sus labios—. Yo también te andaba buscando, Coleman.

## CAPÍTULO IV

Kirk Coleman se volvió, sin prisa y sin cuidado alguno, pero mirando escrutadoramente al último de sus hombres reclutado, en cuya voz había percibido fácilmente un tono especial.

—¿Me andabas buscando? —deslizó—. Pues no tenías que ir muy lejos, Kimsaid: todos sabían que estaba en la tienda de Jason.

—Es un modo de hablar —sonrió Kimsaid—. Tú ya sabes lo que quiero decir cuando digo que te andaba buscando.

En un instante Kirk Coleman y Brett Kimsaid quedaron solos, casi en el centro del campamento. Las mujeres y los hombres que habían oído las palabras de Kimsaid no daban crédito a sus oídos. ¿Se había vuelto loco Kimsaid? Su tono de voz, sus palabras, su gesto, lo decían todo bien claramente, en efecto: buscaba a Coleman para pelear con él.

—¿Qué mosca te ha picado? —sonrió también Coleman—. No irás a decirme que buscas pelea, Kimsaid.

—¿Por qué no? —expelió una larga bocanada de humo Brett—. Salvo que tú hayas hecho un invento nuevo a tu favor, todos sabemos que cualquier miembro de la banda tiene derecho a desafiar al jefe para ser él el jefe en adelante. Es como en las manadas de coyotes y lobos: el más fuerte es el jefe, y nadie le discute nunca su derecho a luchar por la jefatura de la manada.

—¿Estás borracho? —estiró más su sonrisa Kirk Coleman...

—Nada de tonterías, Coleman: solamente di si quieres o no quieres pelear.

—Maldita sea tu estampa... ¡Me vas a obligar a matarte cuando más necesitado estoy de hombres para el asunto de San Carlos! Escucha, Kimsaid, si estás borracho vamos a dejar la cuestión y te prometo olvidarla. Tenemos que salir al amanecer toda mi banda, y...

—Te lo diré de otro modo, Coleman: uno de los dos no irá mañana al amanecer a ningún sitio. Maldita sea tu madre, ¿es que tendré que escupirte en la cara para que aceptes la pelea?

Kirk Coleman apretó los labios, y se volvió decididamente hacia Kimsaid, dándole cara, no como hasta entonces, que habíase mantenido

displicentemente de lado. Incluso los perros habían dejado de armar alboroto con sus peleas de bestias rabiosamente famélicas.

Se diría que los dos hombres habían quedado convertidos en estatuas.

Coleman entrecerró los párpados, y, por primera vez desde que conociera a Kimsaid (hacía de eso ya tres días) tuvo el presentimiento de que las cosas no eran como él había creído. El sol le daba a él en los ojos, y comprendió que no era una casualidad que Kimsaid ocupara una posición mejor que él para la pelea, con el rostro en sombra. No, no era casualidad.

La certeza de qué iba a morir fue penetrando en el ánimo y en el cuerpo de Kirk Coleman como un cuchillo que fuese cortando su mente, sus pensamientos, su carne toda. Veía aquellos pérfidos ojos de lobo impávido fijos en los suyos, y leyó en ellos la ausencia total de miedo, la tormenta de años de dura vida, la frialdad de quien ya ha matado antes sin remordimiento alguno, la seguridad escalofriante, glacial, de quien sabe que todavía no ha llegado la hora de su muerte, la ironía y el desdén hacia el adversario...

Lanzando una imprecación, Kirk Coleman llevó de pronto la mano derecha a su revólver de este lado, lo desenfundó...

¡Pack!, disparó Brett Kimsaid.

Ante los atónitos ojos de ochenta escorias de la humanidad, Kirk Coleman falleció de un seco y único balazo al corazón, que reventó su carne y astilló sus huesos. El impacto fue tremendo, y el jefe de una de las bandas del campamento gritó, giró mientras saltaba hacia atrás, y cayó sorprendentemente de bruces y encogido un instante antes de que su revólver, lanzado al aire, cayera cerca de él tras relucir al sol.

—Dios bendito —se oyó el lamento de terror de una de las mujeres que tres noches antes se orinara encima de Brett Kimsaid.

Eso fue todo lo que se oyó aparte del asustado ladrido de un perro.

La incredulidad tenía a todos paralizados y mudos. La incredulidad, el pasmo, y hasta en algunos el puro y simple pánico..., porque si en toda su puerca vida habían visto a alguien que pudiera compararse al rayo en su descarga mortal ese alguien no era ni podría ser otro nunca más que Brett Kimsaid.

Éste se acercó lentamente al caído, le pasó un pie por debajo de la barbilla, y le dio la vuelta, dejándolo cara al cielo. Tenía los ojos muy abiertos, la boca torcida, la expresión colérica.

Brett Kimsaid recargó parsimoniosamente el revólver, sin desconfianza alguna hacia su entorno, porque sabía que había cosas que ni siquiera aquellas bestias (o quizá precisamente aquellas bestias menos que nadie) harían jamás,

y una de esas cosas era matar en un momento como aquél y sin dar la cara al hombre que había demostrado un valor de loco y una rapidez de rayo. El que disparase contra él en aquel momento nunca sería considerado otra cosa que un cerdo cobarde más despreciable que la mierda del propio cerdo.

—Gladys —llamó con suave voz Kimsaid.

La corpulenta y meona Gladys se llevó las manos a la cara, sollozando aterrada..., y delatando así su posición, hacia la cual desvió Kimsaid su mirada de lobo jefe de manada. Localizó a la mujer, sonrió, y dijo:

—Ven aquí, guapa: tengo un pequeño trabajo para ti.

—No... No, no... ¡Yo no quería hacerlo, no quería hacerlo...!

—Si tengo que ir a buscarte lo lamentarás —advirtió Kimsaid.

Gladys optó por acercarse al pistolero, ante la expectación de todos, que esperaban cualquier barbaridad por parte de él. Tal vez fuera a partirle la cara a culatazos por habersele orinado encima, o quizá la matara a puntapiés entre las piernas, o quizá le cortara el cuello, lisa y llanamente.

La mujerona llegó ante Kimsaid, y se detuvo, temblando violentamente. Brett, recogió el sombrero de Coleman, se acercó sonriendo a Gladys, y se lo puso. Luego, agarró a la carnosa zorra por una oreja, la atrajo hacia él tirando suavemente, y le susurró unas palabras al oído.

Todos pudieron ver aparecer el pasmo en el rostro de Gladys.

—¿Para qué? —exclamó.

Brett volvió a susurrarle palabras al oído, y finalmente Gladys asintió, y ya un poco más tranquila, aunque no convencida, se alejó del pistolero, seguida por todas las miradas..., menos por la de Landix, que estaba pálido y no perdía ni un instante de vista a Brett Kimsaid. Éste le miró a él de pronto, sonrió, y dijo:

—¿Qué tal, Landix? ¿Tienes algo que oponer?

—No —susurró el otro, todavía más pálido que un segundo antes.

Brett pareció satisfecho. En aquellos momentos incluso parecía un buen muchacho encantado de la vida, que hubiera hecho algo admirable, y que por tanto esperase felicitaciones y plácemes. Miró alrededor, como preguntando si había alguien que no estuviese conforme con lo sucedido, pero nadie reaccionó.

Por fin, la mirada de Kimsaid chocó con la despavorida de Loraine, y enseguida con la de Jason, que estaba de pie junto a ella y ante la entrada de su mugrienta tienda. Junto a ambos se hallaban los demás jefes de banda, todos mirando fijamente al pistolero recién incorporado al salvaje campamento.

—¿Jason? —susurró Kimsaid.

—No me gustan las complicaciones en el campamento, Kimsaid —replicó fríamente el gigante—, pero está bien. Entiendo que las cosas han sucedido de modo normal.

—Si tú no lo has visto todos pueden decírtelo.

—Lo he visto. Salí al oír la discusión. Bien: ¿qué es lo que pretendes ahora?

—Sólo quiero saber si puedo quedarme con la banda de Coleman.

—Eso pregúntaselo a sus hombres. ¿Algo más?

—No.

—¿Seguro? —sonrió de pronto Jason, mostrando por entre la maraña de su barba unos dientes amarillos, grandes, fortísimos—. ¿Seguro que no quieres nada más?

—¿Qué más podría querer? —sonrió a su vez Kimsaid.

—Quizá la jefatura total del campamento.

Brett Kimsaid entornó los párpados, ladeó la cabeza, y estuvo no menos de diez segundos estudiando al gigante rubio que le miraba como si todo fuese un juego entre gato y ratón. Finalmente, la amplia sonrisa de Kimsaid también dejó al descubierto sus dientes blancos, de lobo, con una orla amarillenta en sus encías de cuero.

—Déjame pensarlo, Jason. Tal vez sí me decida por eso.

—No dejes de avisarme.

—Descuida. Yo siempre doy la cara.

—Bien —aprobo Jason—... Muy bien.

Dio la vuelta y desapareció en el interior de la tienda, seguido presurosamente por Loraine. Los jefes de banda se acercaron parsimoniosamente a Kimsaid, que los veía venir expectante, alerta.

—¿Seguro que te llamas Kimsaid? —preguntó con seco murmullo Chuckman.

—Eso es lo que dije, ¿no?

—Se dicen unas cosas y luego resulta que son otras —intervino Osgood—. Lo que Chuckman quiere decir es que nunca habíamos oído hablar de nadie llamado Kimsaid.

—Pues ahora ya habéis oído hablar de mí. Y hasta me habéis visto.

—Sí —asintió Hereford—. Y eso es lo chocante, Kimsaid.

—¿Es chocante que hayáis oído hablar de mí ahora?

—Es chocante que no hubiéramos oído hablar de ti antes de ahora, porque tú bien sabes que cuando alguien dispara como tú jamás puede ser un

desconocido.

—Amigito, puede que sea un desconocido para ti, pero no para la Ley.

—Ah, sí, es cierto —intervino ahora Bradley—, ofrecen por ti ochocientos dólares, ya vimos el pasquín, y precisamente al ver que eras de los nuestros Coleman decidió no matarte. Pero eso de los ochocientos dólares todavía lo hace más gracioso, Kimsaid. Te lo diré bien claro: cuando un hombre dispara como tú suele ponerse fuera de la Ley, es cierto, pero siempre lo valoran en bastante más de ochocientos dólares; eso aparte, su nombre es conocido de un modo u otro por los que también tiramos bastante bien. Así que resulta extraño que ninguno de nosotros hubiéramos oído antes de ahora hablar de Brett Kimsaid.

—Bueno —sonrió Brett—, quizá vosotros no sois precisamente de los que tiráis lo suficientemente bien como para estar en el grupo que forzosamente tendría que haber oído hablar de mí.

—Eres muy gracioso, ¿eh? —masculló Martins.

—Lo bastante para reírme de mí mismo. ¿Qué demonios, os pasa? Si no os gusta decidlo, y arreglemos el asunto, pero no me vengáis con reticencias.

—¿Con qué? —se pasmó Jones.

—Con reticencias.

—¿Y eso qué es?

—Que no acabáis de pronunciaros.

—¿Qué es lo que no pronunciamos?

—Quiero decir —sonrió ampliamente Kimsaid— que no os andéis por las ramas, y que digáis de una puta vez todo lo que tengáis en el buche. ¿Habéis entendido ahora?

Hereford comenzó a dar impertinentes golpecitos con un dedo en el pecho de Brett, mientras decía:

—Escucha, tío listo, si nosotros...

—Escucha tú —cortó fríamente Kimsaid—: o te metes ese dedo en el culo o te lo meto yo en la boca. O más fácil todavía: no me toques. Esto sí lo entiendes, ¿verdad? No-me-to-ques.

Hereford quedó con el dedo en el aire. Por fin, gruñó:

—Kimsaid, ve con cuidado: no te perderemos de vista.

Brett Kimsaid no contestó. Hubo unos segundos más de tensión, y finalmente el grupo de jefes de banda se alejó, dejando solo a Brett, que se encaminó hacia Landix, el cual, volvió a palidecer. Brett pasó por su lado sin mirarle, mascullando:

—Venid todos los de la banda a hablar conmigo. Y traed una botella de *whisky*.

Se alejó hacia unas rocas fuera de la zona ocupada por la maloliente acampada. Landix y los demás hombres de la banda, en total seis, llegaron cuando Brett acababa de terminar el cigarrillo. Landix le tendió la botella de *whisky* pedida, y los demás se lo quedaron mirando en silencio, con hostilidad matizada de temor y respeto.

Brett bebió un trago de la botella, chascó la lengua complacido, y preguntó de pronto:

—¿Qué era lo que Coleman quería hacer en San Carlos?

—No lo sabemos —replicó Grant.

—No me vengas con cuentos.

—Te juro que no lo sabemos. Dijo que era un asunto fácil, pero que requería bastantes hombres para controlar no sé qué.

—Si lo sabéis y no lo decís os estáis perjudicando vosotros mismos, pues yo podría guiaros en el asunto. Y si hay buen dinero a ganar mejor para todos, ¿no?

—No lo dijo —insistió Grant.

—Está bien, lo dejaremos correr, y ya saldrá algo que no llene los bolsillos. A menos, claro, qué alguno de vosotros prefiera hacer las cosas por su cuenta.

—No hemos visto a nadie disparar como tú —murmuró Grandon—. ... Si piensas tan bien como disparas yo prefiero quedarme contigo.

—Y yo —masculló Denton.

Los demás no dijeron nada, pero su postura estaba clara: por el momento, cuando menos, permanecerían formando el grupo, a la espera de ver cómo se desenvolvía Kimsaid dirigiéndolo. Éste asintió, sonrió, y dio a entender con un gesto que quería quedarse solo. Se alejaron todos.

Desde la roca, entre trago y trago, Brett estuvo contemplando las estribaciones montañosas, y, a lo lejos, como un charco enorme de color pardo, el llano, que parecía moverse en la neblina del calor. Cualquier persona, y sobre todo cualquier grupo que se acercase al campamento tenía que ser visto forzosamente mucho antes de que alcanzase las montañas. Siempre había varios hombres vigilando desde puntos elevados, y hasta había varios prismáticos en el campamento, recuerdo, sin duda, de la Guerra de Sucesión. Es decir, que si una partida de hombres lo suficientemente numerosa para atacar el campamento se acercaba a éste sería divisada con mucho tiempo de antelación..., siempre el suficiente para escapar..., o para

tender una trampa de la que ningún representante de la Ley saldría con vida si Jason así lo decidía.

Pero nadie se acercaba al campamento.

No se veía en el horizonte, en ninguna dirección, indicio alguno de que se acercase un jinete o un grupo de jinetes.

Pero esto era natural, porque... ¿quién podía ser tan loco para meterse en aquel nido de víboras? Y es que la cuestión era muy fácil de comprender: quizá alguien pudiera llegar hasta el campamento, recurriendo a mil subterfugios, pero... ¿cómo se las arreglaría luego para alejarse, para ponerse a salvo, si detrás de él galoparía una auténtica jauría de criminales?

Vio a Landix y los demás pasar con el cadáver de Kirk Coleman, y comprendió: lo iban a enterrar fuera del campamento, por el simple procedimiento de cubrir su cuerpo con piedras. Tarea inútil, porque Brett Kimsaid sabía perfectamente que cuando se levantara el campamento acudirían los lobos o los coyotes, desenterrarían el cadáver, y lo devorarían, dejando los restos para los cuervos que, al siguiente amanecer, no habría que dudarlos, localizarían desde sus alturas las apetitosas piltrafas del que en vida fue un guapo, listillo, valiente y criminal pistolero.

Al infierno contigo, Kirk Coleman.

Comenzaba a anochecer cuando Brett Kimsaid decidió regresar al centro del campamento, y sonrió al ver a Gladys que le miraba inquisitivamente. Le hizo un gesto afirmativo, y la gorda se dirigió hacia un grupo de caballos, llevando todavía puesto el sombrero de Coleman. Gladys se sentó en el suelo cerca de los caballos, y, evidentemente, se dispuso a esperar.

Su espera terminó casi veinte minutos más tarde, cuando la mayor parte de los ocupantes del campamento estaban cenando, ya cerrada la noche... Uno de los caballos comenzó a orinar. Gladys se puso en pie, se acercó al animal; y, recogió buena parte de sus orines en el sombrero de Coleman, portando cuidadosamente el cual se acercó, a la fogata a cuyo alrededor estaban Kimsaid y sus hombres.

—Aquí está esto, Kimsaid —murmuró Gladys.

—De acuerdo, cariño. Trae lo otro.

Gladys se alejó. La curiosidad hizo mella en Landix, Grant y los otros. Algunas mujeres se acercaron, sorprendidas, pues habían visto perfectamente cómo Gladys recogía los orines en el sombrero.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó la pelirroja Wilma.

Brett Kimsaid le sonrió angelicalmente.

—Vamos a celebrar mi buena estrella, so zorra. Si quieres tomar parte estás invitada.

—Invitada... ¿a qué?

—A beber champán con nosotros.

—¿Tenéis champán? —exclamó Wilma.

—Ya lo creo que sí. Y del bueno. Champán francés... ¿Tú sabes qué es Francia, Wilma?

—Claro. Es una tortilla.

—Una tortilla —quedó atónito Brett.

—Yo siempre he creído eso. Quiero decir que Francia me suena a tortilla. ¿No es una tortilla?

—Pues quizá tengas razón —se echó a reír Kimsaid—. Bueno, vamos a dejar eso, y hablemos del champán. Champán del bueno. Del mejor. Si quieres echar un trago ahí lo tienes. Es todo tuyo.

Diciendo esto Brett señaló el sombrero lleno de orines de caballo. Wilma lanzó una exclamación, y luego una carcajada.

—¡Estás de broma! ¡Eso no es champán, es una meada de caballo!

—Claro que no —rechazó dignamente Kimsaid—. Es champán. Y para que te convenzas de ello, nosotros lo vamos a probar. Landix, bebe un trago, para que Wilma se convenza de que es champán.

A la luz de las fogatas y las antorchas se vio perfectamente cómo el rostro de Landix quedaba blanco como la leche. Se hizo un súbito silencio que, en un instante, hizo presa en todo el campamento, de modo que la voz de Kimsaid, insistiendo, se oyó ahora en todo el ámbito.

—¿No me has oído, Landix? Te he dicho que pruebes el champán. Ah, pero espera, hombre, que Gladys trae el faisán trufado. ¿Tú sabes lo que es el faisán trufado? ¡Contesta!

—No —jadeó Landix—. No lo sé.

—¿No? ¡Pero muchacho, hoy es tu día de suerte...! Vaya, vas a tener la oportunidad de probar faisán trufado y champán, ambas cosas especialidades gastronómicas de Francia. ¿Sabes lo que quiere decir gastronomía, Landix?

—No... No.

—¿Cómo te lo explicaría...? La gastronomía es algo así como la ciencia de saber elegir y comer bien. Y tú vas a darnos una lección de gastronomía: prueba ese champán y ese faisán trufado y dinos qué te parece. No hay prisas.

Landix estaba que se moría mientras miraba los orines de caballo y, junto al sombrero de Coleman, el montón de boñigas de caballo y excrementos de

perro que Gladys había recogido en un viejo y asqueroso pañuelo. El manjar todavía estaba caliente.

—No lo haré —jadeó Landix—. Puedes matarme si quieres, pero no voy a comer ni beber eso, Kimsaid.

—¿Prefieres morir? —se asombró Brett—. ¿De veras?

—Sí.

—¡Pero hombre, no seas burro...! ¿A quién se le ocurre eso? Mira, todas las cosas malas que a uno le ocurren en la vida resultan muy duras mientras están ocurriendo, pero luego se olvidan, y uno sigue viviendo. En cambio, si mueres, ya no podrías seguir viviendo nunca. ¿Comprendes?

—Eres un hijo de perra —casi sollozó Landix—. ... ¡Eres un maldito hijo de perra vengativo!

—¿Pues qué te creías? Yo todavía huelo a orines de hembra marrana y seguiré así hasta que me dé un buen baño con jabón, y hasta te diré que no hará gracia usar perfume de mujer, o aguas de colonia... ¿Sabes lo que son esas cosas? No. ¡Tú qué vas a saber! Pero como decía, yo seguiré oliendo a orines quién sabe cuánto tiempo, y me aguanto. En cambio, tú no vas a oler a nada, porque el champán y el faisán lo tendrás dentro de tu cuerpo, no afuera perfumándote... ¿Comprendes? ¿Comprendes?

—¡Hijo de perraaaaa...! —pareció aullar a la noche el estremecido Landix.

—Escucha, hijo de víbora puta: tengo intención de quedarme en este campamento, y quiero dejar bien sentado que meterse conmigo siempre traerá malas consecuencias; quiero que todos sepan que Brett Kimsaid no perdona nada jamás. Ahora, toma tu cena o muere. Elige.

Landix jadeaba como si se estuviera quedando sin respiración. De pronto, acercó sus manos al sombrero lleno de orines, pero Kimsaid se mostró estremecedoramente implacable:

—Pero hombre, no seas mal educado. Primero se come, luego se bebe. Come algo, vamos.

Una manzana de Landix cayó sobre los excrementos de caballo y perro, agarró un puñado, y se lo metió en la boca, comenzando a masticar con expresión de loco. Algo como un viento frío recorrió el campamento de gente curtida, violenta, salvaje, bestial, degradada en muy buena medida. Un viento frío que terminó en escalofrío, provocado por el hombre llamado Brett Kimsaid, que contemplaba a su víctima con la amable expresión de quien, realmente, le está haciendo un delicioso favor.

—No te apresures —recomendó—. Y mastica con la boca cerrada. ¡Mira que eres guarro y basto, coño!

Landix escupió el resto de «faisán trufado» que tenía en la boca, agarró el sombrero, y lo acercó a su rostro, inclinándolo de modo que el todavía humeante líquido se deslizó hacia su boca.

El silencio era de muerte.

Y de pronto Landix hizo lo que había pensado hacer creyendo qué podría sorprender a Brett Kimsaid: cambió la posición del sombrero y lanzó con fuerza todo su contenido hacia la cara de Kimsaid, dejando escapar enseguida el sombrero y bajando con fuerza el brazo izquierdo, de modo que el cuchillo pasó de la manga a la mano mientras él daba los dos rápidos pasos hacia Brett que le permitirían alcanzarle con una cuchillada en pleno vientre...

Cuando llega la hora, llega la hora. Y, evidentemente, la hora de Samuel Landix había llegado.

Consiguió, eso sí, que parte de los orines fueran a dar en la cara y pecho de Kimsaid pese al rápido gesto de éste apartándose.

Fue todo lo que consiguió un instante antes de que Kimsaid sacara su revólver y le disparase al pecho, lo cual sucedió en una millonésima de segundo, demostrando de nuevo el pistolero que, cuando se trataba de disparar, un rayo era lento comparado con él.

Landix lanzó un bramido, giró, y cayó de rodillas y de espaldas a Brett, todavía empuñando el cuchillo que siempre llevaba oculto en la manga. Por un momento pareció que todo fuese a terminar allí y así, que Landix iba a caer de bruces, muerto, y eso sería todo.

Pero no.

Todavía les quedaba a las gentes del campamento algo por presenciar, algo que colocaría definitivamente a Brett Kimsaid en la envidiable posición de gente con la que era mejor no enemistarse pasara lo que pasara. Algo que llevó el espanto a los podridos corazones de la mayoría de los presentes. Algo increíble.

Landix no cayó, sino que se apoyó con las manos en el suelo, estuvo así unos segundos, resollando como una bestia horrorosa, y luego, lentamente, se puso en pie y se volvió hacia Kimsaid, que le contemplaba con una inexpresividad del todo inhumana.

—Te voy... te... te voy a... a... —murmuró Landix entre espumarajos de sangre.

Se acercó a Brett dando lentos traspiés, siempre con el cuchillo fuertemente empuñado, y consiguió llegar justo delante del pistolero, que

todavía tenía el revólver en la mano.

-Sacaré... sacaré tus tripas... de tu vientre... de fieras...

Ante el incrédulo espanto de todos los presentes Brett Kimsaid no hizo nada mientras Landix le acercaba el cuchillo, dispuesto, en efecto, a vaciar de vísceras su vientre. El incrédulo espanto pareció congelarse cuando pudieron ver cómo, en su extrema debilidad que le estaba llevando a la muerte, Landix clavó la punta del cuchillo en el estómago de Brett Kimsaid, que, de pronto, sonrió..., mientras una mancha de sangre aparecía empapando la camisa. Sencillamente, Kimsaid sonrió, como si nada estuviera ocurriendo. Todos oyeron el jadeo de Landix, su fuerte estertor, y algunos pudieron ver sus ojos girando como enloquecidos en las órbitas un instante antes de que quedaran en blanco y el forajido cayera rodando a los pies de Kimsaid, cuyo alarde de valor y desprecio por el enemigo no tenía precedentes en toda la historia de los malditos de Texas.

Brett Kimsaid enfundó el revólver, y se sentó, dispuesto a cenar las apetitosas judías con tocino, que retiró del fuego antes de que se quemaran en la sartén.

## CAPÍTULO V

Al amanecer el campamento entero se puso en marcha, y eso constituyó todo un espectáculo para Brett Kimsaid.

Las tiendas fueron levantadas y plegadas, todos los enseres recogidos y metidos en sacos de hule, los caballos y los mulos ensillados y cargados, mientras los perros iban impacientes de un lado a otro, ladrando o gimiendo alegremente por el cambio de lugar, tal vez ignorantes de que fuesen al lugar que fuesen volverían a oír todas las noches, en la lejanía, los espeluznantes aullidos de los lobos, o los sordos rugidos del puma.

Era un amanecer todavía frío, el sol parecía un disco blanco en el horizonte, recién aparecido cómo brotando del llano. Talmente parecía que unos dedos de hierro tocaran todavía las mejillas de las mujeres, que aparecían lívidas y tensas.

El lugar quedó hecho una inmundicia cuando la caravana emprendió la marcha montañas abajo, en busca de una ruta menos cruel para llegar a Marfa en el plazo convenido con los jefes de banda que debían reunirse con el campamento en determinado lugar. Atrás quedaban los muertos, fogatas a medio apagar, excrementos de perro, de caballo, de ser humano; botellas rotas, manchas de orines, restos de comida y de vomiteras inigualables. El lugar quedaba como maldito en el mundo, parecía todavía palpitar con los bramidos de los hombres y de las mujeres ayuntándose como auténticas bestias, y quedaba impregnándolo todo un olor agrio de humanidad medio podrida, y sobretodo una maraña de pensamientos y sentimientos de tan bajo nivel que más bien eran dignos de bestias que de personas. Atrás quedaba uno de tantos campamentos salvajes que pudrían montañas y dejaban un mal recuerdo de maldad pestilente que muy bien podía servir de pista para que cien mil lobos hambrientos, fueran en pos de los semihumanos que vivían del mal y en el mal y peor que las propias bestias en los más inhóspitos lugares de las montañas.

Atrás quedaba algo fascinante en su horror, increíble..., si no fuera porque adelante volvería a suceder lo mismo. Aunque esta vez el campamento

tardaría bastante en asentarse para una temporada, pues antes toda la recua tenía que pasar por la localidad llamada Marfa, en el condado de Presidio, Texas, donde a sangre y fuego si era necesario (y hasta por puro gusto de hacer mal) la caterva haría acopio de todo cuanto necesitaba: comida, bebida, armas, municiones, mantas, café, tabaco..., y mujeres. Porque de cuando en cuando convenía renovar las mujeres, ¿no? A ver si iban a estar siempre con las mismas zorras igualmente malolientes. De cuando en cuando era de agradecer llevarse con el campamento una señorita, es decir, una de esas mujeres que no olían a nada, o, cuando menos, a nada malo y asqueroso, y sí a algo agradable como perfume, carne limpia y boca enjuagada. Una de esas mujeres que cuando se daba cuenta del destino que le esperaba incluso prefería morir, cosa que había sucedido en más de una ocasión...

—¿Cómo está de su herida?

Al oír la pregunta, Brett Kimsaid volvió la cabeza hacia su derecha; a caballo, Lorraine le contemplaba con expresión que intentaba conseguir que resultaría impávida.

—¿Qué herida? —alzó las cejas Brett.

—La de anoche. La que le hizo Landix con el cuchillo.

—¡Ah...! Aquello no fue una herida: fue un capricho que me concedí a mí mismo.

—Fue una chulería innecesaria —dijo secamente Lorraine.

—¿Eso piensas? Bien, es cosa tuya.

—¿No fue así?

—No para mí. Me dije que me las daba de valiente porque sabía que disparo mejor y más rápido que nadie, y quise demostrarme a mí mismo que podía basar mi valor en otras cosas, como por ejemplo, la resistencia al dolor, y la serenidad de aceptar qué otros puedan hacerme daño.

—¿Está bromeando?

Kimsaid volvió la cabeza. Detrás de ellos la insólita caravana descendía por la ladera, entre relinchos, ladridos y maldiciones. Parecía como una serpiente apestosa. No muy lejos de ellos, Kimsaid vio a Jason, que los estaba mirando inexpresivamente.

—Tu marido nos está mirando —miró él de nuevo a Lorraine—, y quizá no le guste que estemos conversando.

—Yo puedo hacer lo que me dé la gana.

—¿Sí? —sonrió el rostro de lobo—. Eso me parece mucho hacer, zorra.

—Si vuelve a llamarme zorra yo misma lo mataré, Kimsaid. Y métase en la cabeza que yo hago siempre lo que quiero y cuando quiero.

—Escucha, en este podrido enjambre no hay una sola abejita que haga lo que quiere ni cuando quiere, y tú no eres la excepción, aunque Jason sea tu marido. La única diferencia que hay entre tú y las demás es que a ti sólo te posee un hombre, porque es el más fuerte y te reserva, pero por lo demás no eres diferente en nada a los pencos que nos acompañan. ¿Lo entiendes? Así que deja de presumir, pues tú eres como las demás, una esclava del macho. No sé si me he explicado.

—¡Yo no soy esclava de nadie! ¡Ni siquiera de Jason!

—Palabras, palabras, palabras —sonrió Kimsaid—... ¿Y para cuándo los hechos, yegua fina?

—¿Qué hechos?

—Pues, por ejemplo, podríamos echar un polvo tú y yo... Por nada especial, ¿comprendes?, pues lo mismo me da hacerlo contigo que con otra... Digamos que así me convencerías de que tú haces lo que quieres. Y no me vengas con el cuento de que no te gusto. Eso ya lo supongo, pero sólo se trata de demostrar que tienes agallas y libertad, no de darte el gran gustazo y capricho, ¿está claro?

—Es usted muy listo, ¿verdad?

—Pues sí —admitió Brett Kimsaid—, soy bastante listo.

—Pero se va a quedar con las ganas de catarme.

—Ya. Ya, ya.

—Y no es porque le tenga miedo a Jason.

—Sí, claro. Ya, ya comprendo, ya.

—¿Se está burlando de mí?

—Escucha, eres tú quien ha venido a tomarme el pelo. A mí no me gusta la charla tonta, ¿sabes? De modo que cuando digo una cosa la demuestro. Y si no estoy dispuesto a demostrarla me callo. ¿Por qué no haces lo mismo y dejas de calentarme la bragueta, so zorra?

Loraine enrojeció violenta e intensamente, y detuvo su caballo. Brett Kimsaid le guiño un ojo, pareció olvidarla de súbito, y continuó cabalgando montaña abajo, en cabeza de la caravana.

\* \* \*

La primera corriente de agua que cruzaron fue Chalk Creek, que discurría mansa y cristalina entre los montes Santiago y los Chalk; en la cumbre de éstos se divisaba Nine Point Mesa, como perdida en brumas frías y oscuras. Bordeando estos nueve picos alcanzaron el ramal de arroyos que se juntaban

para formar el Terlingun en la amplia meseta. Siempre en dirección a Cuesta del Burro alcanzaron Alamito Creek, y aquí, después de dos días de marcha, decidieron descansar otros dos. A fin de cuentas, tenían tiempo.

—Tenemos tiempo... ¿para qué? —le preguntó Brett a Jason.

—Para reunirnos con los demás en Cuesta del Burro.

—Ya. Pero ¿qué haremos mientras tanto? Somos suficientes para entrar en Marfa y apoderarnos de todo lo que nos dé la gana. ¿Por qué hemos de esperar a nadie? Es una pérdida de tiempo absurda... y peligrosa.

—No se atreverán con nosotros —sonrió Jason.

—¿Por qué no? ¿Porque somos muchos? Cualquiera día se juntarán los suficientes buenos tiradores para hacernos trizas a todo el campamento. Vamos dejando un rastro de mierda que hasta un muerto podría seguir, y a medida que vayan pasando días tendremos menos provisiones, menos municiones, y estaremos más aburridos de nosotros mismos. Jason, si acampamos muchos días al pie de Cuesta del Burro vamos a ser algo así como un pastel atrayendo a las moscas: Y si nos tienen localizados cerca de Marfa tal vez sospechen que vamos allá, y nos tiendan una emboscada. Piénsalo.

—Sí —murmuró Jason—..., lo pensaré, Kimsaid. Quería pedirte un favor. Brett quedó atónito.

—¿Un favor? ¿Tú a mí?

—Sí. Y en cierto modo está relacionado con lo que acabamos de hablar. Tengo que marcharme del campamento, y por lo menos estaré fuera dos días, tal vez tres. Ya sé que esta gente no se atreve ni a mear sin mi permiso, pero no me fío de ellos.

—¿Y de mí sí? —rió Brett.

—Hasta cierto punto y para ciertas cosas. Hereford va a quedar como jefe del campamento, pero quiero que tú cuides de que nadie intente tan siquiera molestar a Loraine, No sea que alguno beba demasiado y al no verme se olvidé de que existo y haga algo que no me guste. Prefiero evitar a castigar.

—¿Me estás pidiendo que me convierta en el guardián de tu mujer?

—Eres el más adecuado.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque ella te detesta —Jason mostró su formidable dentadura amarilla como sol naciente—, y al mismo tiempo nadie se atreverá a acercarse a ella si tú estás cerca.

—¿Lo sabe ella?

—No.

—Díselo. Y si ella acepta, por mí está, bien. Pero no aceptará.

—Ya veremos. Bien, nos quedaremos aquí un par de días, que es el tiempo que yo estaré fuera. Saldré al amanecer.

—¿Y no sería mejor que te llevases a tu mujer?

—Ella no puede cabalgar como yo. Kimsaid, recuerda: Hereford es quien manda aquí en mi ausencia.

Brett sonrió como si hubieran tirado de las comisuras de su boca con unos cordeles, y eso fue todo. Al atardecer, se procedió a acampar junto a un escuálido ramal del Alamito, pero nadie montó tienda alguna, pues sabían que la, acampada sería más bien breve.

Al amanecer Brett Kimsaid estaba despierto. Vio a Jason salir, cuchichear algo con uno de los centinelas de turno, y ensillar silenciosamente su caballo. Partió antes de que resplandeciera la primera luz del día, dejando una estela de vaho de caballo y pisadas silenciosas. Brett salió de la manta, recogió su petate, y fue a extenderlo delante de la fogata, muy, cerca de donde, envuelta en su manta, dormía o fingía dormir Loraine.

\* \* \*

—¿Adónde va usted, Kimsaid? —se volvió a mirarlo Loraine iracunda.

—Adonde vayas tú.

—No hace falta, esta vez.

—Me importa una boñiga si hace falta o no hace falta.

Tu marido me pidió que te cuidara, y eso estoy haciendo.

—Está bien, lo comprendo. Pero insisto en que no hace falta. Voy a buscar un arroyo escondido para bañarme. Nadie me verá.

—Nunca se sabe. En cuanto a lo de bañarte, supongo que ya sabes que el agua está muy fría por aquí.

—Déjeme en paz, maldito perro —se impacientó Loraine—... ¡Quiero ir sola, y eso es todo!

Kimsaid encogió los hombros... y cuando ella reanudó la marcha se fue en pos de ella. Loraine volvió la cabeza, se detuvo, presagiando con su gesto un duro enfrentamiento, pero finalmente desistió de más conversación con Brett Kimsaid.

Cuando llegaron junto a un arroyo en el que había un pequeño remanso al sol, Loraine se volvió de nuevo a mirar a Kimsaid, que no reaccionó. Ella comenzó a desnudarse, lentamente. Kimsaid comenzó a liar un cigarrillo.

Como un rumor de lugares perdidos llegaba hasta ellos por entre peñas y arbustos al palpitar del campamento.

Lorraine procedió de un modo que parecía natural, pero que no dejaba de ser altamente provocativo. En un par de minutos estuvo completamente desnuda, reluciendo al sol su carne blanca, densa y prieta. Miró a Kimsaid una vez más, pero el pistolero parecía una estatua de piedra.

—Al menos asegúrese de que no viene nadie más —susurró ella.

Kimsaid no contestó. Era imposible adivinar qué pasaba por su mente en aquellos momentos en que sus fríos ojos examinaban milímetro a milímetro el espléndido cuerpo de la rubia mujer de Jason. Sus piernas eran largas y finas, su vientre y caderas tersos y rotundos, sus pechos turgentes parecían dotados de vida propia al sol, vibrando a cada gesto de la muchacha mientras se introducía en el agua. Kimsaid acercó una manga de su camisa a la nariz, y olfateó con desagrado. Tal vez a él también le iría bien un baño.

¿Era eso lo que pretendía Lorraine? ¿Le estaba provocando para que se bañara con ella? Porque una cosa tenía bien clara Brett Kimsaid en la vida: la mujer de Jason no tenía la menor necesidad de hacer lo que estaba haciendo, de modo que si lo hacía era por algo. O sea, para fastidiarlo en grande dejándole ver la miel que «nunca cataría».

Se puso en pie, se acercó al remanso, y tiró el cigarrillo al agua. Lorraine estaba mirándolo, con los brazos cruzados sobre el desnudo pecho lleno de sol.

—Sal de ahí —susurró Kimsaid.

Ella no contestó. Seguía contemplándole, con los ojos cada vez más abiertos, las pupilas dilatadas. Sus cabellos, como rayos enloquecidos de sol, caían hacia su espalda y sobre un hombro fino y sólido. En su garganta había un latido de hembra integral.

Brett estuvo esperando en vano quizá un minuto. Por fin, convencido de que Lorraine no iba a salir, se metió en el agua, sin contemplaciones. Ella colocó una mano como pantalla protectora entre ambos, y dijo, con voz crispada:

—No te acerques... ¡No te acerques!

Brett Kimsaid llegó ante ella, con agua hasta la cintura, olvidado de que un revólver mojado podía deparar graves consecuencias a su propietario. Lorraine intentó alejarse remanso adentro, pero una zarpa de Brett la asió por la muñeca, y la atrajo de un tirón rudo y ávido. Lorraine abrió la boca..., pero la de Brett le impidió pronunciar sonido alguno al caer sobre ella como en un mordisco feroz, de pura hambre brutal.

Las manos del pistolero pasaron a la espalda de Loraine, apresándola con más fuerza. Ella intentaba desasir su boca de la de él, pero era imposible. Kimsaid mordía y besaba al mismo tiempo. El sol arrancaba destellos al agua, a los rubios cabellos femeninos, a su carne de blancura dulce y prieta. Loraine alzó las manos, agarró los cabellos de Brett, e intentó echar su cabeza hacia atrás tirando con fuerza. Kimsaid deslizó una mano entre los cuerpos de ambos, abarcó completamente un seno, y apretó cruelmente. Todo el cuerpo de la muchacha se estremeció, se tensó, y un bramido ahogado de dolor pasó de su boca a la del hombre, que apretó de nuevo.

Otra vez se produjo el estremecimiento en el cuerpo de Loraine, que soltó los cabellos de Kimsaid.

De repente, éste soltó a la muchacha, y susurró:

—Salgamos del agua.

—No —rechazó ella, relucientes los ojos—... Nunca te permitiré que me lo hagas, nunca.

Kimsaid casi derribó en el agua a Loraine de una bofetada que pareció engullida por el cálido sol del mediodía. Volvió a agarrarla por un brazo y tiró de ella hacia la orilla, donde la empujó de modo que quedó tendida sobre la hierba rala y endurecida. Brett Kimsaid se quitó el cinto con el revólver, lo dejó a un lado, y se acuclilló junto a Loraine, que se encogía y lo miraba como si sus ojos estuvieran llenos de una luz hecha de sol y furia, de temor y anhelo.

—¿Qué te has creído, zorra? —susurró Brett—. Ya te has divertido bastante: ahora me toca divertirme a mí.

Ella intentó girar, alejándose, pero una manaza de Brett la retuvo en el mismo lugar, y con la ayuda de la otra la colocó de espaldas completamente. El jadeo de Loraine fue ahogado de nuevo por la boca del hombre, cuyo cuerpo aplastó con fuerza invencible el de la muchacha... Unos instantes más tarde Loraine emitía un grito ahogado al ser rudamente penetrada, sin más consideraciones.

La voz de Brett Kimsaid se deslizó en su oído como un soplo lento y caliente procedente de otro mundo:

—No habría podido morirme sin haberte tenido, zorra mía...

Ella todavía opuso una cierta resistencia, que cedió del todo cuando la violencia a que estaba siendo sometida se fue convirtiendo en algo muy diferente, algo que Loraine jamás había sentido. Se sintió inundada de placer y de asombro, y al instante siguiente ya no era la enemiga del hombre que la estaba poseyendo...

—A lo mejor —susurró Kimsaid junto a la oreja de la muchacha— te apetece que lo hagamos una vez más.

Tendida todavía en la hierba, sintiendo en su cuerpo desnudo la agradabilísima tibieza del sol, Loraine volvió la cabeza para posar su mirada resplandeciente en los duros ojos del pistolero, que yacía de costado junto a ella, acariciando lentamente con las yemas de los dedos las palpitantes curvas de su cuerpo.

—Te mataré, Kimsaid —alentó apenas Loraine.

—Ya no me importa —sonrió él—. Después de tanto buscar encontrando sólo mierda en mi camino, ya no me importa morir, porque sé que no encontraré nada mejor que tú.

—Te odio, maldito cerdo.

—¿Qué quieres que hagamos? —apretó él la mano sobre el vientre en una caricia que la estremeció de pies a cabeza—. ¿Mato a Jason o sencillamente nos vamos solos lejos de esta mugre?

—¡Ni se te ocurra hacerle el menor daño a Jason! —palideció ella.

—No es posible que lo ames a él después de cómo has reaccionado conmigo —aseguró Kimsaid—. Maldita sea, Loraine; ¿no puedes admitir las cosas? En cuanto te he penetrado me he dado cuenta de que tu cuerpo agradecía...

—Vaya, qué lindo cuadro —sonó la voz de Hereford—... Parece que sabes buscarte buenas diversiones, Kimsaid... ¡Quieto!

La orden tenía sus buenos motivos, porque, nada más oír la voz de Hereford, Kimsaid había girado en busca del lugar donde dejó su revólver, e, inmediatamente de localizado, intentó saltar hacia él... Supo controlarse a tiempo, pues jamás habría conseguido alcanzarlo y disparar antes de que lo hiciera Hereford..., y Jones y Chuckman, que estaban con él. Los tres empuñaban sus armas. La situación era totalmente adversa, y Brett quedó quieto.

—¿Qué te parece? —dijo con voz como de cieno el obeso Jones, cuyos ojos se estaban comiendo el cuerpo de Loraine—. Parecía que ella fuese como el cielo, o sea, que nunca se la pudiera alcanzar, y en cambio se lo ha pasado en grande con Kimsaid.

—Según parece —rió agudamente Chuckman— Jason no es suficiente para esta perra en celo.

—Según parece —asintió Hereford—. Así que nosotros vamos a hacerle un favor a Jason: nos la iremos tirando de cuando en cuando, para que ella no

eche de menos la buena vida, Pero no sé si debemos decírselo a Jason... ¿Qué os parece?

—Hombre, yo creo que no —rechazó Jones—. Me parece que se enfadaría. Pero sí podríamos decirle que ella lo ha hecho tan a gusto con Kimsaid. ¿Qué creéis que hará Jason con Kimsaid cuando se entere?

—¿Y con ella? —reflexionó Chuckman—. ¿Qué hará con ella?

—Me parece que los matará a los dos —sonrió Hereford—, así que vamos a ahorrarle trabajo. Pero antes de decirle que liquidamos a su mujer y al listo de Kimsaid porque los sorprendimos abrazados dándose la lengua y demás, no estaría mal que nosotros también tuviéramos nuestra parte del banquete... ¡La verdad es que Loraine me ha gustado siempre! Y hasta pensaba que ella era algo... especial, pero ya vemos que no.

—A mí también me gusta mucho —siseó Jones.

—Y a mí —se oyó apenas la voz de Chuckman—... ¡La de noches que sueño que lo hago con ella!

—Pues vamos a darnos el gran gusto —anunció Hereford—. Tú, Kimsaid, siéntate allá y mira cómo hace estas cosas un hombre de verdad. Y si te mueves date por muerto. ¿Verdad, muchachos?

Jones y Chuckman no contestaron, ni hacía falta. Hereford propinó a Loraine una patada, obligándola a colocarse adecuadamente, y, sin más contemplaciones, saltó sobre ella, dominándola inmediatamente con su corpulencia y muy superior fuerza física.

—Ya verás... lo bien... que lo vas a pasar también... conmigo...

Brett Kimsaid volvía a ser la efigie inescrutable, Jones y Chuckman tenían que hacer grandes esfuerzos para mantener bajo vigilancia a Brett en lugar de mirar cómo Hereford, poco a poco, iba tomando la posición que le depararía el triunfo definitivo.

La reacción de Loraine resolvió inopinadamente el asunto.

De repente la muchacha profirió un grito ahogado con un timbre tal de voz, con tal expresión de hembra violentada, que los dos forajidos no pudieron resistir la tentación: ambos a la vez volvieron la cabeza vivamente hacia Loraine y Hereford.

Por supuesto, apenas un segundo, porque estaban comprendiendo perfectamente su error, y enseguida quisieron regresar su atención al hombre de los ojos impávidos.

Demasiado tarde.

Alcanzaron a ver cómo Kimsaid se movía por el suelo a una velocidad de lagarto enfurecido, y ambos dispararon contra él a la vez. Kimsaid lanzó un

berrido cuando una bala se clavó en su muslo izquierdo, ignoró por completo la otra que se había hundido muy cerca de su rostro, y su mano alcanzó la culata de su revólver, lo sacó de la funda, y giró, quedando como un gato panza arriba y apretando el gatillo mientras con el borde de la mano izquierda accionaba una y otra vez el percutor hacia atrás, montando el arma...

¡Pack, pack, pack, pack, pack...!

Tras los cinco disparos, y olvidado ya de Chuckman y Jones como si éstos jamás hubieran existido, Kimsaid había girado hacia Hereford, que, gritando alarmado, había saltado, liberando el cuerpo de Loraine y quedando de rodillas junto a la muchacha. En el mismo instante en que la mano derecha de Hereford caía sobre la culata de su revólver el de Kimsaid quedaba inmóvil, apuntando a su cabeza.

Hereford palideció, y contuvo la respiración. Su mirada, despavorida, se desplazó inconteniblemente hacia donde Jones y Chuckman todavía estaban girando bajo los efectos de las balas disparadas por Kimsaid... Sucedió todo tan de prisa que los dos muertos, ni siquiera tuvieron tiempo de caer, y todavía estaban en el aire los manchurroneos de sangre que aparecieron como explosiones de sus pechos reventados.

Chuckman terminó de caer, finalmente, en aquel segundo que pareció una eternidad. Jones cayó sobre él, rebotó blandamente en su vientre, y rodó hasta llegar a las límpidas aguas, en las cuales hundió sus fauces de bestia ignorada de Dios.

Visto esto, Hereford regresó la mirada a Kimsaid, que no se había movido ni un milímetro.

Hereford se pasó la sucia lengua por su sucia boca apestosa.

—Está bien —susurró—. Podemos arreglar esto, Kimsaid.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Ya veremos. Pero no vas a disparar así contra mí, supongo.

—¿Por qué no? —se asombró Brett.

-No lo harás. Si yo no te ayudo a dar explicaciones a Jason lo vas a pasar muy mal. Tú y esta maldita perra. Así que no vas a disparar.

La sonrisa de Brett Kimsaid era sencillamente seráfica.

Encantadora.

Incluso cariñosa.

Cuando apretó el gatillo no cambió en absoluto esta expresión. Simplemente, mató a Hereford divertido por el absurdo hecho de que éste no le creyera capaz de hacerlo..., después de haber estado deseándolo.

Arnold Hereford recibió el balazo de lleno en el corazón, saltó hacia atrás, tropezó también con Chuckman, y cayó en el remanso, igual que Jones, sólo que de espaldas, quedando con los ojos fijos en el cielo restallante de sol. Unos ojos en los que todavía, por un instante, hubo la suficiente vida para expresar el estupor ante la muerte.

## CAPÍTULO VI

—Está bien —gruñó Jason—, ya no tiene remedio. Pero me resisto a creer que ellos hicieran eso, Kimsaid. Llevábamos juntos bastante tiempo, ya nos conocíamos bien. Por supuesto que yo sabía que ellos deseaban a Loraine, pero estaba convencido de que jamás harían nada en ese sentido.

—Ya te he contado lo que sucedió —replicó con displicencia Brett—: Tu mujer fue a bañarse, y yo la seguí... ¡Maldita sea, no me mires así, claro que le eché un vistazo, pero enseguida me aparté! La vi desnuda, pensé que si ella me veía fisgándola te lo diría a ti y tendríamos problemas, y preferí alejarme un poco. La oía en el remanso, y eso era todo. De repente, oí las voces de ellos..., y cuando miré Hereford estaba a punto de violar a tu mujer. Ya no lo repetiré más veces. Pero es que, además, maldita sea, ¿qué te ha dicho ella misma? ¿Qué te han dicho los demás, que acudieron al oír los disparos?

—Loraine y los demás me han dicho lo mismo que tú.

—Entonces ¿qué coño quieres? —gruñó Kimsaid.

La hosca mirada de Jason todavía estuvo unos segundos fija en los ojos de Brett, como queriendo perforarlos. Por fin, tras hacer un gesto de asentimiento, señaló a los tres hombres que habían permanecido un poco apartados, fumando, tomando unos tragos de *whisky*, y charlando entre ellos mientras Jason hacía sus averiguaciones tras llegar al campamento y encontrarse con la noticia de las muertes de Hereford, Chuckman y Jones.

—Tú no conoces a Dawson, Hickerman y Ranson, ¿verdad?

—Claro que no —continuó gruñendo Kimsaid.

—Bueno, son los tres hombres con los que teníamos que encontrarnos en Cuesta del Burro. Yo sabía dónde cuando tú me hablaste de anticipar el asalto a Marfa yo ya había pensado en ello, de modo que me convencí de que la idea era buena y fui a buscarlos. Está claro que no podremos contar con tres buenos elementos que tú has matado, pero al menos están estos tres y sus bandas.

—No he visto a sus hombres.

—No te preocupes: los encontraremos camino de Marfa. Pero se me está ocurriendo —Jason sonrió de pronto burlescamente— que tú no vas a poder venir, Kimsaid: tendrás que quedarte con las mujeres.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Por la herida de la pierna —señaló Jason.

—Ocúpate tú de tus piernas, que yo me ocuparé de las mías. Si por una herida como ésta dejara de cabalgar ya haría tiempo que me habrían colgado de un álamo.

—Pues según me ha dicho nuestro «médico» Sparrow, el balazo te alcanzó de lleno.

—Precisamente. Me atravesó el muslo, sin tocar el hueso. Puedo cabalgar perfectamente. Además, de aquí a Marfa no hay mil millas, precisamente.

—Eso es cierto. Ven, quiero que conozcas bien a esos tres.

—Al demonio con ellos.

—Ven —rió Jason.

Apartada de todos, Loraine vio a Jason y Brett acercarse a los recién llegados. Los vio conversar, pero en ningún momento nadie tendió la mano a nadie. La conversación duró apenas tres minutos, y luego, cojeando, Kimsaid se alejó, mientras Jason y los otros tres se acercaban a ella. Loraine todavía alcanzó a oír parte de la frase de Hickerman:

—... porque lo dice tu mujer, así que de acuerdo. Pero sigue sin gustarme ese sujeto; Jason.

Y oyó perfectamente a Ranson decir:

—¿Y por qué hemos de creer lo que dice tu mujer? Las mujeres suelen traicionar a los hombres cuando se les antoja, Jason.

—Lorraine no me traicionará. Ella no me mentirá a mí, Ranson.

—¿Por qué no? Todas las mujeres son iguales.

—Y todos los hombres también. En cualquier caso yo confío ciegamente en Lorraine.

—De acuerdo. Pero nosotros no pensamos perder de vista a Kimsaid. Es más, se me ha ocurrido algo para ponerlo a prueba.

—¿A prueba? —se sorprendió Jason—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que antes de lo de Marfa quiero asegurarme de que ese tipo no nos va a dar ninguna sorpresa. Mira, yo he tenido varios tropiezos con los rurales de Texas, y te aseguro que no me han quedado más ganas.

—¡Pero hombre...! —se pasmó Jason—. ¡No irás a decir que crees que Kimsaid es de los rurales!

—¿Por qué no puede serlo? —deslizó suavemente Hickerman.

—Todos vimos su pasquín...

—Un pasquín es algo que los rurales pueden hacer imprimir muy fácilmente, Jason.

—Maldita sea, ¡eso es una estupidez!

—Quizá, pero por lo que sabemos, Kimsaid no ha dejado de matar compañeros desde que los encontrasteis... casualmente.

Jason se quedó mirando a Hickerman. Luego miró a los otros dos. De nuevo a Hicherman. Por fin, asintió sombríamente.

—De acuerdo. Lo pondremos a prueba.

\* \* \*

—¿Y cómo piensan ponerme a prueba? —susurró Brett, después de besar largamente la ansiosa boca de Loraine.

—No lo sé, eso no lo dijeron, Brett. Pero he querido que lo supieras, para que no cometas ningún fallo que te comprometa.

—Esto sí tiene gracia —dijo él, mordisqueando una oreja de la muchacha, que se estremeció fuertemente—... Has cambiado muy rápidamente de actitud conmigo, ¿no te parece? Hace tres días me odiabas, y casi parecías realmente dispuesta a matarme. Ahora, vienes aquí tras de mí, a la oscuridad fuera del campamento, para prevenirme contra tu propio marido..., y te siento en mis brazos como si realmente estuvieras loca por mí. ¿Qué pensarías tú de todo esto, si estuvieras en mi lugar?

Loraine sonrió, y él pudo ver en la oscuridad el refulgir de sus dientes. En efecto, la muchacha le había hecho hacía rato una seña a Brett, y éste, interpretándola acertadamente, se deslizó fuera del campamento y la esperó. Ahora, abrazados en la peligrosa cita secreta, se estaban besando, abrazados... No muy lejos oían el rumor del campamento, con las agrias voces de los hombres, sus risotadas, los gritos de las mujeres... Un resplandor de fogatas se esparcía bajo el cielo estrellado y frío.

—Si yo estuviera en tu lugar —susurró la muchacha, lánguidamente— no pensaría nada, en estos momentos. Simplemente, aprovecharía la ocasión.

—¿Estás loca? ¡No me digas que quieres que echemos un polvo aquí y en estos momentos!

—Lo deseo tanto, Brett...

Loraine se abrazó más fuertemente a Brett, incrustando su cálido vientre contra el de él, que ya había entrado desde el principio en reacción viril. Lo besó, y Brett Kimsaid sintió en su lengua la de ella, delicada y veloz, tierna y

decidida. Sentía los dedos finos y fuertes de Loraine hurgando entre los salvajes rizos de su nuca, y desde aquí le llegaban lentas y continuadas descargas que le ponían el vello de punta.

Apartó de pronto su boca de la de ella, y jadeó:

—Márchate. Tal como están las cosas contra mí, si tu marido nos sorprende y tengo que matarlo a nosotros dos nos harían trizas.

—Quiero que me hagas tuya ahora mismo.

—No.

—Maldito seas... ¡Te odio!

—De acuerdo —la besó Brett en el cuello, estremeciéndola de nuevo de pies a cabeza—, pero vuelve con Jason. Y no te preocupes de nada: me pongan la prueba que me pongan todo irá bien.

\* \* \*

—¿Está todo entendido? —insistió Jason.

—Que sí, coño —gruñó Brett—. No somos tontos, digo yo.

Dawson e Hickerman sonrieron; y éste le dio una palmada en la espalda a Kimsaid. Se habían hecho muy amigos en menos de cuarenta y ocho horas, hasta el punto de que confiaban en él para hacer una pasada por Marfa a fin de asegurarse de que todo estaba normal allá. Los hombres de Hickerman, Dawson y Ranson ya se habían juntado al campamento, y ahora sólo se trataba de esperar el resultado de la batida de inspección de Hickerman, Dawson y Kimsaid. Los tres, como jefes de banda y supuestamente un mínimo de inteligentes, debían, llegar a Marfa, y, una vez convencidos de que todo estaba bien allí abandonar la población y hacer unas señales de humo, que significarían que el campamento en peso podía trasladarse a Marfa y ocupar la población, procediendo como siempre.

Es decir, en primer lugar, enviar varios hombres a la escuela, a fin de atrapar en ésta a todos los niños del pueblo y a la maestra. Conseguido esto, siempre les resultaba fácil negociar con cualquier *sheriff* o capitán de los rurales de Texas, que cedían a todo con tal de que los niños no sufrieran daño alguno ni violaran a la maestra delante de ellos y luego le cortaran la cabeza...

—Pues no hay más que hablar —concluyó Jason—. Id con cuidado, por si acaso.

Los tres asintieron, montaron en sus caballos y se alejaron del campamento, siguiendo la raquílica corriente de agua que más adelante, desde

el pie de Cuesta del Burro, se juntarían al Alamito Creek. La distancia hasta Marfa era de apenas quince millas, es decir, un paseo para jinetes duros y correos como ellos, y una distancia muy conveniente para que el campamento permaneciera bien escondido y, al mismo tiempo, lo bastante cerca de Marfa para que sus ocupantes se trasladaran allá rápidamente en cuanto recibieran la señal.

Brett pasó cerca de Loraine, pero no la miró, pese a sentir fija en él la mirada de la muchacha.

Descendieron las últimas estribaciones, y el diminuto arroyo, deslizándose ahora en terreno llano, dejó de ofrecerles su rumor. Cabalgaban sin prisas. Eran poco más de mediodía, y el plan consistía en llegar a Marfa cuando la población estuviera sumida en el sopor de la siesta, y todo el mundo estuviera relajado y confiado. Confiado, al menos, para que si habían preparado alguna trampa ellos pudieran verla... u olería.

Tal vez estaban a mitad de camino cuando Brett detuvo su caballo, saltó cuidadosamente a tierra, y se tendió para beber agua en el arroyo. Su caballo no desaprovechó la oportunidad de hacer lo mismo. Hickerman y Dawson se decidieron también.

Brett terminó de beber, y dijo:

—Podríamos fumar un cigarrillo.

La idea no era mala. Los dos facinerosos bebieron agua, se incorporaron, y miraron a Brett, que se acercaba a ellos ofreciéndoles la bolsita de tabaco.

En el momento en que Dawson adelantaba la mano para tomarla, Brett le propinaba un patadón entré las ingles sencillamente bestial, que puso los pelos de punta a Hickerman pero que no le impidió reaccionar llevando la mano hacia el revólver...

La mano izquierda de Brett Kimsaid, oculta hasta entonces a la espalda, apareció, empuñando el afilado cuchillo, que centelleó al sol. Hickerman tuvo tiempo de muchas cosas antes de ser degollado salvajemente: tuvo tiempo de tocar su revólver, de sentir un terror profundo, de ver en lo más profundo de los ojos de Kimsaid una decisión mortal, de anticipar con un escalofrío nuevo lo que se podía sentir al recibir la cuchillada en plena garganta...

Y entonces recibió la cuchillada, que lo mató en el acto, derribándolo de espaldas en las mansas y escasas aguas del arroyo, que enseguida se tiñeron de rojo, incluso formando extrañas flores cuando los goterones que habían saltado al aire cayeron con nítido sonido.

De espaldas en el agua, Dawson forcejeaba para incorporarse y para aclarar las turbias imágenes mezcladas con lágrimas que aparecían ante sus

ojos. Pero no tuvo necesidad de realizar esfuerzo alguno, pues Brett lo agarró por la ropa y lo arrastró fuera del agua, por supuesto arrebatándole el revólver antes que nada.

Cuando Dawson se recuperó parcialmente del tremendo patadón que todavía le producía como relámpagos de insufrible dolor extendiéndose por todo el cuerpo, Kimsaid estaba de pie junto a él, contemplándole con un sarcasmo y una crueldad que no presagiaban nada bueno. Su patadón estaba manchado de sangre, pero eso no parecía importarle en absoluto al pistolero, que exhibió él ensangrentado cuchillo ante los ojos de Dawson.

—No tengo ganas de conversación ni de perder el tiempo, Dawson, de modo que terminemos cuanto antes: o me dices lo que de verdad teníais que hacer Hickerman y tú en este corto viaje a Marfa, o te lo corto todo y te dejo vivo en un agujero. Y cuando digo todo, lo digo en serio: orejas, nariz, lengua, manos, testículos, los tendones de los pies..., y además te saco los ojos. ¿Me has comprendido?

Dawson no contestó. Se quedó mirando con odio infinito a Kimsaid, que alzó las cejas, muy sorprendido, y acto seguido demostró que verdaderamente no tenía ganas de charla ni quería perder el tiempo: se acuclilló junto a Dawson, le agarró la oreja derecha con su manó izquierda, y de un solo tajo se la cortó, quedándose con ella en la mano.

Por un instante, Dawson ni siquiera sintió nada. Pero de pronto percibió donde antes había estado su oreja una extraña sensación como de frío, y, al mismo tiempo, con los ojos casi fuera de órbitas, miraba su propia oreja en la mano de Brett Kimsaid.

—Y si gritas —barbotó Brett—, te reviento un ojo ahora mismo.

Pura y simplemente el terror hizo presa en Spencer Dawson. Él era un maldito de la vida, un criminal, un desecho humano que merecía la horca mil veces, cierto. Pero el hombre que tenía ante él, la fiera que tenía ante él, superaba cualquier límite de maldad y decisión.

Sentía el tremendo chorro de sangre deslizándose desde la zona de amputación por su cuello y su hombro, con una sensación viscosa, caliente y repugnante como nunca había experimentado nada en la vida. Pero supo que si tardaba un solo segundo más en contestar Brett Kimsaid lo iba a hacer trizas. Así que, ahogando el berrido de dolor que pareció reventar en sus entrañas, jadeó:

—El plan era... separarnos los tres al llegar a Marfa, pero... lo que teníamos que hacer Hickerman y yo era... era seguirte a ti en todo momento, a ver qué hacías.

—¿Qué esperabais que hiciera?

—No sé... Quizá hablar con el *sheriff*. O con los rurales. Pensamos... que podrías ser uno de ellos...

—Ya. ¿Y si me veáis hablando con el *sheriff* o los rurales?

—Entonces debíamos incendiar todo lo que pudiéramos del pueblo, y escapar para reunirnos con los demás, que mientras tanto, al ver el humo del incendio comprenderían que debían temer alguna trampa, y regresarían todos a toda prisa a las altas montañas... donde... donde nadie se atreve a perseguirnos nunca... ¡Me estoy desangrando!

—Tranquilízate. ¿Qué tenías que hacer si yo no os inspiraba desconfianza?

—Unos minutos antes de que los niños salieran de la escuela debíamos ir los tres allá, para que cuando, a las cinco, llegasen los demás, ya tuviéramos el control del pueblo por medio de los niños y... y la maestra...

—¿Eso es todo?

—Sí... ¡Sí!

—Bien.

El cuchillo centelleó de nuevo, aunque ahora menos, pues todavía goteaba sangre del anterior trabajo. Dawson emitió una especie de ronquido siniestro, pareció talmente que los ojos fuesen a saltarle de las órbitas, y cayó de espaldas.

Veinte minutos más tarde Brett Kimsaid había vendado de nuevo la herida de su pierna, y tenía puestos los pantalones de Dawson, de modo que no se notaba en modo alguno su herida, más que por una leve cojera. Esto aparte, tanto Dawson como Hickerman estaban metidos entre unos matorrales y cubiertos de piedras.

—Todo es una chapuza, Caballo —le habló Brett, al animal—, pero las cosas no siempre pueden hacerse con elegancia, ¿verdad?

El caballo se le acercó, y le dio con el morro en el pecho. Brett sonrió, le dio unas cariñosas palmadas, y montó, emprendiendo un suave trote hacia Marfa.

Cuando llegó allá parecía que el mundo estuviese a punto de terminar inmerso en un calor de cien mil demonios que descendía del cielo como en oleadas interminables.

\* \* \*

—De acuerdo —dijo por fin Jason—, vamos allá.

—Podríamos esperar un poco más —objetó Ranson.

—¿Para qué? Si Dawson e Hickerman hubieran visto algo sospechoso en Kimsaid el pueblo ya estaría ardiendo hace rato, para avisarnos. Y eso no está sucediendo, ¿verdad?

—No, pero...

—Escucha, Ranson, tenemos el tiempo justo de llegar a Marfa antes de la hora de salida de la escuela. Y sabes muy bien que si llegamos más tarde las cosas pueden complicarse, pues alguien puede acercarse a la escuela a ver qué ocurre, y Kimsaid, Dawson y Kickerman se encontrarían solos en el pueblo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que, lo entiendo. Pero aunque estuviesen solos no se atrevería a molestarlos, pues tendrían a los niños a su alcance.

—Sí, pero el *sheriff* y los rurales comprenderían que algo inquietante estaba ocurriendo, se pondrían sobre aviso, y no podríamos llegar al pueblo por sorpresa. Lo malo de todo esto es que, además de haber perdido el factor sorpresa, nos encontraríamos en el llano todo el campamento..., y si nos estaban esperando puedes imaginarte lo que iba a suceder. ¿De acuerdo?

-Está bien, vamos allá —decidió Ranson.

Jason asintió, echó una última mirada hacia donde bajo el caliginoso cielo sabía que se hallaba la localidad de Marfa, y, al no ver tampoco ahora señal alguna de humo, dio la orden de marcha. Hubo gritos, risas, relinchos, ladridos, bromas y plácemes de toda clase: el campamento precisaba muchas cosas, e iban a por ellas.

Peor para quien intentara imperdírsele.

## CAPÍTULO VII

Cuando se dieron cuenta de que algo extraño ocurría ya era demasiado tarde.

Se habían acercado cautelosamente a Marfa, procurando elegir terreno no excesivamente polvoriento a fin de que nadie en el pueblo se diese cuenta de que se acercaba una nutrida partida de jinetes. Luego, ya tan cerca que la sorpresa podía depender sólo de segundos, todo el campamento, toda la caterva, se lanzó al galope, directos hacia la entrada norte de la calle Mayor y gritando salvajemente: sabían que sus amigos Dawson, Kimsaid e Hickerman tenían a los niños de Marfa como rehenes, de modo que el pueblo era suyo.

Completamente suyo.

Ya en otras ocasiones habían comprobado que siempre que disponían de los niños como rehenes no había absolutamente nadie que se atreviera a incordiarlos, a oponerse a sus planes, designios y deseos.

Así que se conocían la historia. Y por tanto, entraron en el pueblo como si fuese suyo, como si les perteneciera completamente y pudieran hacer con él lo que les diera la gana y cuando y cómo les diera la gaña. Y era cierto, el pueblo era suyo. Todo el pueblo era suyo, de la caterva de bestias. Todo, todo, absolutamente todo el pueblo era para ellos. Podían hacer lo que les diera la gana... en aquel pueblo donde no se veía un alma.

Un pueblo como abandonado y petrificado bajo el sol. Naturalmente, los que iban en cabeza fueron los primeros en darse cuenta, y detuvieron sus caballos y dejaron de gritar. Los que llegaban detrás se fueron dando cuenta poco a poco, tanto porque los primeros se hablan detenido como porque por sí mismos fueron percatándose de lo insólito de la situación.

Y finalmente, todos quedaron silenciosos, envueltos en polvo, todavía atronando en sus oídos los gritos de alegría, el rabioso galope, los ladridos, de los perros famélicos, de los caballos nerviosos...

Todo quedó en silencio como de tumba enorme.

—Pero... ¿qué es esto? —susurró Ranson.

Jason ni siquiera se volvió a mirarlo. Miraba hacia el fondo de la calle Mayor, que se extendía ante ellos, con el ensanchamiento de la plaza, donde

el sol creaba hermosos reflejos en unos álamos.

No había nada, nadie. Ni un caballo, ni un perro.

Loraine miraba a todas partes como hipnotizada. Llevaba mucho tiempo con la caterva, y lo menos que podía haber aprendido es que las situaciones inesperadas y extrañas encerraban siempre una trampa. Pero si había trampa no se veía en parte alguna. No había hombres en los tejados, ni detrás de los abrevaderos o escondidos en cualquier sitio.

No había nadie.

Pero tenía que ser una trampa, y dispuesto a no dejarse atrapar mansamente, Jason se dispuso a dar órdenes para que todos desmontasen y buscaran refugio para las balas que no podían tardar en llegar.

Justo en ese momento apareció en el porche de una cantina un hombre, al que todos reconocieron inmediatamente. Llevaba una botella en la mano izquierda, que alzó un espectacular saludo.

—¡Hey! —gritó—. ¡Bien venidos a Marfa, compañeros del infierno!

—Maldito sea —masculló Ranson—, ese cochino de Kimsaid está borracho como un cerdo.

—¿Dónde están Hickerman y Dawson? —preguntó Osgood—. ¿Los veis?

—¡Eh! —seguía gritando Brett Kimsaid, mientras descendía a la calzada—. ¡Adelante, adelante, malditos seáis todos! ¡Os invito a lo que queráis sea lo que sea!

Se había plantado en el centro de la calzada, haciendo ostentosos saludos, que detuvo para echar un trago de la botella.

—Esperad aquí —ordenó Jason.

Encaminó su caballo hacia Kimsaid, y Loraine hizo lo mismo. Jason la miró, pareció a punto de decir algo, pero desistió. Si había algo sucio en todo aquello no valía la pena preocuparse especialmente por Loraine, pues todos serían barridos con plomo de la faz de Texas.

—Caramba, quién está aquí —canturreó Kimsaid cuando Loraine y Jason se detuvieron ante él—, ¡nada menos que el matrimonio más selecto! ¿Cómo les va por la vida, señores?

—Kimsaid: ¿qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado... dónde?

—Aquí. O donde sea. ¿Dónde están Dawson e Hickerman?

—Que me emplumen si lo sé. Todo lo que sé es que llegamos aquí, dejamos los caballos en el establo, y seguimos a pie pueblo adentro... No había nadie en ninguna parte, Jason —Kimsaid parecía atónito—... ¡Me cago en la Muerte, nunca me había ocurrido nada semejante!

—¿Quieres decir qué cuando llegasteis a Marfa no visteis a nadie, que el pueblo ya estaba así, vacío?

—Exactamente eso quiero decir. Yo les dije a Hickerman y Dawson que el asunto no me gustaba nada, y ellos dijeron que ya que estábamos aquí lo mejor sería echar un vistazo. Les pregunté que qué era lo que íbamos a mirar, y me dijeron que fuésemos cada uno por un lado a ver qué encontrábamos, que todo esto era muy extraño. Les dije: tan extraño, que yo me largo ahora mismo. Y ellos me dijeron: si te largas te metemos un tiro en el culo, así que tú verás. Bueno, no tenía ganas de discutir, de modo que nos separamos, y yo me puse a fisgar por todas partes.

—¿Y qué has visto?

—Aparte de una bañera de latón, nada especial. Estaba pensando en darme un baño cuando os he oído llegar.

—¿Y dónde están Hickerman y Dawson?

—No tengo ni idea. Estuve un buen rato buscándolos, y finalmente decidí no complicarme más la vida, y me metí en el saloon más lujoso del pueblo, a esperar a ver qué pasaba.

—¿Esperar a ver qué pasaba? —entornó los ojos Jason—. ¡Debiste ir a avisarnos de lo que ocurría!

—Y un huevo —hizo un feo gesto Brett Kimsaid; luego señaló a su alrededor, con gesto desconfiado—... Escucha, no sé cómo ves tú las cosas, pero a mí no me hizo gracia salir yo solo a campo abierto, y te diré por qué: ni me fiaba de Hickerman y Dawson, ni me fiaba de la que llaman gente honrada... Pensé que esto podía ser una trampa, y que si quería escapar de ella me iban a acribillar, así que decidí permanecer a cubierto.

—¡Pero si habían dificultades debiste hacer cualquier fuego, para advertirnos del peligro, tal como habíamos convenido!

—¿Qué? —se pasmó Kimsaid—. ¡No convinimos nada de fuegos, Jason!

Éste se mordió un instante los labios. Era verdad, esa parte de la avanzadilla la habían convenido con Hickerman y Dawson, así que Kimsaid no podía saberlo. Y lo de quedarse a cubierto, en tan extrañas circunstancias, era muy lógico y consecuente en un lobo lleno de mataduras.

Todavía más, la idea de dar media vuelta y salir del pueblo él y todos los demás puso un escalofrío en su espalda. Había una trampa en alguna parte, pero... ¿dónde; y qué trampa? En cualquier caso, tal como estaban las cosas, siempre podrían resistir mejor a cubierto en el pueblo que saliendo a descampado. Quizá los estaban esperando.

—¿No has visto a nadie?

—Absolutamente a nadie.

—Está bien. Enviaré a unos cuantos hombres a echar un vistazo alrededor del pueblo, y mientras tanto los demás vamos a cargar con todo lo que podamos para... ¿No?

—No hay nada —Kimsaid sonrió de aquella manera que a veces casi le hacía parecer repulsivamente encantador—... Tierra quemada, ¿comprendes? Nos están tratando igual que los rusos a Napoleón.

—Pero... ¿de qué demonios hablas? —comenzó a perder la paciencia Jason—. ¿Dónde está ese Napoleón?

—Murió hace unos cincuenta años.

—¿Murió hace...? Entonces, ¿qué demonios pinta en esto?

Kimsaid contemplaba con expresión divertida a Jason. Movi6 la cabeza, se atiz6 un trago de *whisky*, y dijo:

—La gente de este pueblo se ha marchado llevándose todo, Jason. No hay caballos, ni armas, ni comida, ni mujeres, ni niños... Solamente estamos nosotros. Bueno, vosotros podéis hacer lo que queráis, pero yo, ahora que ya estamos todos y entre amigos, voy a tomar un baño. Ya tengo el agua caliente. Hasta luego.

Kimsaid se disponía a dar la vuelta para regresar al saloon cuando Jason sac6 rápidamente su rev6lver, y le apunt6. Kimsaid entorn6 los párpados, hizo un gesto como de fastidio, y luego otro de resignaci6n, moviendo los brazos como alas.

—Muy bien, dispara. No sé qué mierda tienes en la cabeza en lugar de sesos, así que dispara. Desde que nací estoy preparado para hacer el viaje a la inversa. Pero dime una cosa, so capullo: si yo tuviera algo que ver en esto, y esto fuese una trampa, ¿por qué me he quedado dentro de ella?

Durante casi medio minuto la vida de Brett Kimsaid estuvo pendiente del dedo índice derecho de Jason. De pronto, éste enfund6 el rev6lver, y sin más dio la vuelta y se dirigi6 hacia donde esperaba el grueso de las bandas, todos silenciosos, tensos, sombríos.

En el momento en que comenzaba Jason a dar órdenes, Kimsaid mir6 a Loraine, y dijo:

—Tal vez me haya quedado por ti, zorra.

—Brett —la muchacha estaba pálida—, dime la verdad: ¿qué has hecho?

—¿Realmente quieres saberlo?

—¡Claro que sí!

—Muy bien. Te lo diré si me ayudas a bañarme... ¡Siempre me ha encantado que me enjabonen la espalda! Era lo único bueno que tenía mi

mujer. ¿Te he hablado de mi mujer? No, ¿verdad?

—No —susurró Loraine.

—Tú eres una zorra, pero ella era una víbora. Y no voy a decir que no fuese una pareja propia para mí, pero se excedió en algunas cosas. Por ejemplo, cuando supo que iba a tener un hijo ella misma se lo arrancó de las entrañas. ¿Qué te parece esto? Bueno, no digas nada. Ya pasó, y a veces creo que ni siquiera pasó, o que hace mil años. Lo que significa que tengo la sensación de haber vivido ya mucho más de mil años. Demasiado. Tanto que ya incluso huelo mal. Claro que esto —se olfateó la ropa— puede ser debido a los orines. Bien, ¿qué contestas? ¿Me ayudas a bañarme? Es un placer del que sólo puedo disfrutar de siglo en siglo.

Loraine miraba a Kimsaid como fascinada. Él estuvo esperando unos segundos, terminó por encoger los hombros, y dando media vuelta se encaminó al saloon, en cuyo interior desapareció... Pasó detrás del mostrador, se proveyó de una botella llena de *whisky* y algunos cigarros, y tras encender uno de éstos subió a la planta alta del local. Entró en una habitación amplia, con cortinajes y visillos, y bien amueblada. En un rincón, como protegida por cortinas que se recogían con gracioso pliegues, había, en efecto, una exótica bañera de latón, junto a la cual estaban los cubos con agua caliente que él había subido antes.

Se desnudó, examinó con ojo crítico el doble orificio de entrada y salida de la bala en su muslo, y vertió el agua en la bañera, a la cual entró seguidamente, con el cigarro entre los dientes. Por la ventana se oían voces de la caterva, cortas cabalgadas, llamadas...

—Pero qué coño han de saber éstos quién fue Napoleón —masculló.

Oyó los pasos tenues, pero no se inquietó. Sabía quién era. Y, en efecto, era Loraine, que se acercó a la bañera. Kimsaid sonrió a estilo lobo, chispeantes sus gélidos ojos azules.

—¿Te gustaría bañarte también? —propuso—. Cabemos los dos. Claro que sería demasiado arriesgado, pues tu marido podría venir en cualquier momento. Pero se me ocurre una cosa: ¿por qué no pones una silla detrás de la puerta, y así, al menos, lo oiría llegar y tendría tiempo de coger mi revólver?

Loraine fue hacia la puerta, la cerró, y puso detrás una silla. Regresó junto a la bañera, se desnudó ante la iluminada mirada de Brett Kimsaid, y se metió en la bañera.

—Si te vuelves de espaldas te enjabonaré —susurró.

Kimsaid asintió, giró en la bañera, y ofreció la espalda blanca y musculosa a la muchacha, que procedió a enjabonarla. Luego fue él quien la enjabonó a ella. Seguían oyéndose voces en la calle, aunque cada vez menos. Brett terminó de enjabonar los pechos de Lorraine, y luego los aclaró con agua que estaba sucia y olía a orines. Se quedaron mirándose, y, de pronto, comenzaron a reír los dos. Se acercaron uno al otro cuando pudieron, y se besaron en la boca, acariciándose de tal modo que Kimsaid se separó de pronto y susurró:

—Vamos a la cama.

—Sí.

—Lorraine, tengo que explicarte algo.

—Bien. Pero luego. Ahora, hazme lo mismo que el otro día. Brett, no he podido olvidarlo nunca, en ningún momento, ni podré jamás. No sé lo que siento por ti, pero vayas adonde vayas yo iré siempre contigo.

—Pues qué bien. ¿Y qué dirá a eso tu marido?

—No es mi marido: es mi padre.

La sorpresa fue auténtica. Kimsaid parecía estar de vuelta de todo pero esto le pilló realmente de sorpresa. De gran sorpresa. De pronto, en su rostro apareció una mueca que sobresaltó a Lorraine.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Ahora sí que la hemos liado!

—¿A qué te refieres? —se alarmó Lorraine.

—Maldita sea... ¡Pero algo se me ocurrirá! De todos modos debiste decírmelo antes. Y por todos los demonios, ¿por qué vais diciendo que sois marido y mujer si sois padre e hija?

—Porque mi padre sabe que mientras todos crean que soy su esposa me respetarán como mujer. En cambio, si supieran que soy su hija, es decir, una mujer a la que él no tiene derecho sexualmente, las cosas se pondrían muy difíciles. Mi padre prefirió evitar al máximo las complicaciones. Brett, quiero que me lleves a la cama.

Kimsaid salió de la bañera, consiguió una toalla, y procedieron a secarse. Poco después se tendían juntos en la gran cama de la lujosa habitación. Lorraine atrajo a Brett contra ella, buscando el contacto definitivo, y susurro:

—Es tan distinto... ¡Tan distinto de aquella vez!

—¿Te refieres a tu marido de verdad? Porque no estabas virgen el otro día, zorra, de modo que sí es cierto que estás o has estado casada, ¿eh?

—No. Hace seis años, cuando tenía quince, tres hombres me violaron, cuando estaba sola en casa. Cuando llegó mi padre casi estaba muerta. Él me dejó con unos amigos, y corrió detrás de aquellos hombres, a los que fue

encontrando y matando. Eran tres comerciantes de Saint Angelo que pasaban por allí, me vieron en el porche, y pensaron que podían divertirse y que nunca podría encontrarlos nadie. Mi padre los encontró, y los... los hizo trizas. Pero no contó con que él era en Saint Angelo un forastero, ni con que aquellos hombres eran ricos y tenían muchos amigos allí. Lo persiguieron, dispuestos a lincharlo, pese a que él pudo explicar lo que había ocurrido, y que todo lo que hizo fue dar una lección a unos canallas... Nunca se mostraron dispuestos a tolerarle lo que había hecho. Así que en cuanto pudo pasó a buscarme, y desde entonces se dedicó al pillaje, sin compasión para nadie. Brett, yo tenía un recuerdo... horroroso de aquella tarde, y creía... que estas cosas siempre sucedían así de horriblemente. Pero sentía por ti... algo que me impulsaba a acercarme a tu cuerpo, a tocarlo, a sentirlo. Y cuando me lo hiciste junto al remanso sentí... un placer que jamás hubiera podido imaginar que existiera en el mundo... un placer que deseo... volver a sentir ahora...

-Tranquilízate —susurró Brett Kimsaid—: los dos hemos encontrado lo que necesitábamos, y ya nadie podrá apartarte de mi lado.

## CAPÍTULO VIII

—Brett.

—¿Qué?

—¿Qué vamos a hacer? ¿Seguiremos con mi padre y con los demás?

Ya era oscuro. Nadie había encendido los faroles de gas en la calle Mayor de Marfa, de modo que desde allá sólo llegaba el resplandor de las estrellas. Abajo, en el saloon, sonaban voces y estrépito cada vez más fuerte. En alguna parte había quinqués encendidos que esparcían luces espectrales.

Kimsaid besó a Loraine en la garganta, y dijo:

—No. No vamos a quedarnos. Pero el hecho de que Jason sea tu padre ha complicado las cosas para mí, para nosotros. Mi intención era escaparnos tú y yo esta noche, pero ahora supongo que querrás que él también escape de esta trampa.

—¡De modo que es una trampa! —se sentó de un salto Loraine.

Kimsaid se sentó a su vez, y estuvo contemplando a la luz de las estrellas el cuerpo que parecía de nieve vieja, espléndido. Un cuerpo de mujer con respuestas instantáneas y vigorosas de mujer. Brett Kimsaid jamás había conocido una mujer como Loraine.

Acarició las tensas curvas de la muchacha, y murmuró:

—Tú me has contado tu historia, y yo voy a contarte ahora la mía...

—¡Eres un rural! —explotó Loraine.

—Los rurales son unos hijos de puta —dijo sordamente Brett—. Ni soy, ni he sido, ni seré nunca unos de esos perros... ¿Qué te crees que son los rurales? ¿Unos angelitos? Son unos cerdos malditos que me han metido en esto, y lo único que puedo agradecerles es que te he conocido, pero por lo demás por mí pueden morirse todos...

—Brett: ¿qué has hecho?

—Os he metido a todos en una trampa, a cambio de la vida de mis dos hermanos y la mujer de uno de ellos. No creas que los Kimsaid somos precisamente unos angelitos, también hemos hecho de las nuestras por muchos sitios. Hasta que nos cazaron. A mí me condenaron a veinte años de

picar piedra, y a mis hermanos a morir en la horca. Un día me visitó un tipo muy relamido. «Kimsaid —me dijo—, le ofrezco la libertad a usted y la vida de sus hermanos si nos pone en las manos el campamento de Jason». Le contesté que estaba loco, y él dijo que yo era la única mala bestia que él conocía capaz de meterse en el campamento de Porter y llevarlo al matadero. «Ayúdenos a destruir ese montón de pus —dijo— y usted y su familia quedarán libres..., pero deberán salir para siempre de Texas...». ¡Maldito cabrón! ¡Echarme de Texas a mí!

—¿Quieres decir que los rurales están por aquí?

—Hay rurales, hombres civiles armados, y hasta soldados, Loraine. Yo pedí que os dejasen llegar aquí para poder llevarte conmigo esta noche, cuando todos duerman o, estén borrachos, y para convencer a los de la ley les dije que era mejor meter a los del campamento en esta trampa y ofrecerles condiciones para que se entreguen en lugar de una batalla campal, ahí en el llano, donde morirían muchas personas de ambos bandos, incluso mujeres. Me he cuidado muy bien de ir eliminando jefes de banda para que la caterva no sepa cómo responder, a un ataque formal, y ahora sólo tengo que marcharme contigo y que el resto del mundo se lo lleve el diablo.

—¡No puedo dejar a mi padre aquí! Los demás no me importan, son todos unos bestias, pero quiero a mi padre, Brett.

—Lo comprendo, porque incluso un mal nacido como yo quiere a sus hermanos. Está bien, zorrита, se acabó lo bueno: vamos a vestirnos, y baja a buscar a tu padre para que se reúna con nosotros y podamos escapar los tres. En cuanto nosotros hayamos salido de aquí, el hombre que manda los rurales se las arreglará para hacer entender a todo el campamento que sus correrías han terminado. Y según cómo reaccionen saldrán mejor o peor librados. Date prisa.

Ella todavía le besó una vez más. Salieron de la cama, y se vistieron en las sombras.

—Ve a buscar a tu padre, y escaparemos por el tejado. Podemos caer en el callejón de atrás, y nadie nos molestará.

Loraine asintió, y abandonó la habitación. Brett salió tras ella al pasillo, y la vio descender la escalera que llevaba a la sala. Regresó a la habitación, y encendió el quinqué. No sabía cómo podía reaccionar Jason cuando se enterara de la verdad, y ciertamente lo último que pensaba era dejarse matar, ni por Jason ni por nadie.

Jason y Loraine llegaron apenas cinco minutos después, el primero expectante, desconfiado. Tenía los ojos turbios de alcohol y de una mala leche

terrible. Kimsaid comprendió que había bebido más de lo que les convenía a todos, y lanzó una maldición.

—¿Le has dicho algo? —preguntó a Loraine.

—No me he atrevido, porque si se ponía a gritar delante de todos...

—Has hecho bien. Y lo mejor es no decirle nada ahora. Simplemente larguémonos los tres.

—Eh, eh, eh, un momento —graznó Jason—... ¿Qué pasa aquí?

—Te lo explicaremos luego, papá —murmuró Loraine—. Ahora tenemos que marcharnos los tres.

—¿De qué estás hablando? ¡Quiero saber de qué estás hablando!

Kimsaid soltó una maldición, pero acto seguido procedió a explicarle a Jason, rápidamente, cómo estaban las cosas. Jason le miraba como si le estuviese contando un cuento de hadas, parpadeando de cuando en cuando como si le acometieran calambres en los ojos. Estaba bastante borracho, pero lo comprendió todo perfectamente, y por último se quedó mirando con perversas intenciones a Brett Kimsaid.

—Maldito perro —jadeó—... ¡De modo que llegaste dispuesto a aniquilar mi campamento!

—Eso no es un campamento, Jason: es un pozo de mierda. Cualquier día en que el *whisky* corriese más de la cuenta tú y tu hija apareceríais degollados y violados los dos, y hasta tu caballo; Escucha, yo soy una escoria, y no me las doy de otra cosa, pero tú te estás convirtiendo en pura mierda con esos cerdos inhumanos. Maldita sea, tal vez dentro de un año me linchen en Arizona, o en cualquier otro sitio, pero mientras tanto habré vivido a mi gusto, con una mujer, no con una perra piojosa, y desde luego no rodeado de gentuza que no vale ni para mierda de abono. De modo que haz lo que quieras, sencillamente elige: vente con nosotros o quédate con tu campamento de fantasmas de la vida, de carroñas del mundo. ¿Qué dices?

—¿Qué está pasando aquí? —tronó la voz de Ranson—. ¿Qué secretos os traéis vosotros?

Los interpelados miraron hacia la puerta de la habitación, donde aparecían no sólo Ranson, sino dos de sus hombres, y Martins, otro jefe de banda.

—Amarradme a este mal nacido —apuntó Jason a Brett con un dedote—. Lo voy a colgar en el centro del pueblo, para que lo encuentren sus amigos los rurales cuando vengán a por nosotros.

—¡Papá! —exclamó aterrada Loraine.

—¿Qué rurales? —tartajeó Martins—. ¿De qué hablas, Jason?

Brett Kimsaid era cualquier cosa menos un cordero que aceptase mansamente el sacrificio que se veía venir. Eran demasiados hombres contra él, y lo único que podía hacer era sorprenderlos a todos, anticiparse.

Y eso hizo.

Sin piedad.

Sin misericordia, consideración o remordimientos alguno.

Desenfundó velozmente el revólver, y, todavía tenía Martins la boca abierta cuando la bala le entró por ella y le salió por la coronilla, por supuesto ocasionando el consiguiente estropicio escalofriante, lanzando manchurrónes de sangre y sesos a todos lados.

El siguiente en morir fue Ranson, de un balazo en pleno corazón que se lo reventó y lanzó un chorro de sangre hacia la boca, por donde salió como una fuente, mientras el forajido, que tenía la mano en la culata del revólver, saltaba hacia la puerta y caía de cabeza en el umbral.

El tercer hombre estaba a punto de disparar cuando las siguientes dos balas disparadas por Kimsaid le acertaron una en la frente y la otra en la boca, que quedó hecha astillas.

El cuarto consiguió disparar, pero sucedió algo inesperado, algo que demostró una vez más que cada cual tiene escrito su destino desde que emite el primer llanto en este cruel mundo: cuando el hombre iba a disparar Loraine tuvo el instinto de proteger a Brett, y este gesto de la muchacha lo captó su padre, que en una milésima de segundo comprendió que si el otro disparaba a quien iba a matar o cuando menos herir era a su hija... De modo que Jason sacó su revólver, y disparó casi al mismo tiempo que el forajido. La bala disparada por éste se clavó en la garganta de Jason; la disparada por éste abrió una horrenda sima en el ojo derecho del canalla, que bramó como lo que era: una bestia en trance de muerte.

Jason cayó primero sentado, y enseguida de espaldas, soltando tal chorro de sangre por el boquete de la garganta que Loraine se sintió paralizada por el espanto: no acertó a moverse. Sólo lo hizo cuando ya lo había hecho Kimsaid, y ambos miraron a Jason realmente impresionados. Los tres sabían que aquella herida era mortal, y además rápida. Jason quiso hablar, y todavía expelió más sangre. Extendió una de sus enormes manos hacia Loraine, que la cogió y estalló en fortísimo llanto estremecedoramente infantil.

La mano de Jason apretaba con fuerza la de su hija, a la que miraba como si, de pronto, acabase de descubrir toda la belleza del sol, de las estrellas, del mundo entero, de la vida. Hubo en los ojos del forajido un destello de salvaje

alegría, y de repente soltó la mano de la muchacha y dejó los ojos quietos y fijos en ella.

—Papá —gimió Loraine—... ¡Papá!

Kimsaid le puso una mano en una mejilla, en un gesto que ni él mismo habría reconocido como suyo si se hubiera dado cuenta de que lo hacía.

—Loraine, tenemos que marcharnos. Él está muerto.

Resonaban gritos y fuertes pisadas fuera de la habitación, y los dos comprendieron que subían más hombres a ver qué ocurría. Loraine dirigió una última mirada a su padre, y se incorporó. Corrieron hacia la ventana, y salieron al tejadillo lateral, en el momento en que una tromba de hombres revólver en mano entraba en la habitación.

Abajo, en la calle, había una escena, propia de campamento salvaje: dos mujeres se estaban peleando, casi desnudas, mientras un grupo de hombres las jaleaba y las rociaban con *whisky*. Unos perros ladraban despavoridos. Varias antorchas sostenidas por borrachos iluminaban la escena como si fuera propiamente del infierno.

La cabeza de un hombre asomó por la ventana.

—¡Hey! —aulló— ¡Kimsaid ha...!

¡Pack!, disparó Kimsaid.

Pareció que la cabeza del hombre explotase; apareció el cuerpo, rebotó en el tejadillo, y cayó a la calle, mientras Kimsaid disparaba otra vez contra otro hombre que quería asomarse. Junto a él Loraine miraba hacia la calle, sujetándose a su cintura, temiendo resbalar por el tejado.

Brett le tendió la mano, pasó ante ella en un espacio en el que apenas cabían sus cuerpos, y la precedió, escalando la otra vertiente del tejado.

—¿Qué pasa ahí arriba? —tronó en la calle una voz.

—¡No dejéis que se escape Kimsaid! —gritó alguien, dentro de la habitación—. ¡El muy...!

Brett se desentendió de esto. Alcanzó el vértice del tejado, agarró a Loraine por la cintura, y se deslizaron hasta el tejadillo lateral del otro lado del edificio. Desde allí, como un gato, el pistolero se dejó caer al callejón de atrás, y alzó enseguida la cabeza.

—Salta —jadeó—... ¡Loraine, salta! ¡salta!

Loraine saltó, pálida de miedo. Cayó encima de Brett, que intentó recibirla en brazos, pero le falló la pierna herida y ambos rodaron por el suelo. Al otro lado del edificio se oían gritos, la luz de las antorchas parecía aumentar. Estallaron algunos disparos.

—Están locos y borrachos —aseguró Brett—... ¡Corre!

Volvió a tomarla de la mano, y tiró de ella hacia la oscuridad del callejón, que desembocaba en campo abierto, cerca de los patios de unas casas vacías y oscuras. Brett Kimsaid corría dejando un reguero de sangre, pero corría, corría sin parar, casi arrastrando a la muchacha. Muy pronto comenzaron a oír tras ellos el rugir de la jauría humana, y algunas balas de rifle silbaron por encima de sus cabezas...

Y de repente, aparecieron varias sombras ante los dos fugitivos, y una voz ordenó:

—¡Quietos! ¡Y alcen los brazos!

—¡Soy Kimsaid! —exclamó éste—. ¡Los tenemos detrás!

Dicho esto lanzó una imprecación, la pierna terminó de fallarle, y calló sentado, soltando un chorro de maldiciones. Loraine estaba alucinada contemplando la gran cantidad de hombres que surgían de las sombras, todos ellos armados, todos con placas de la Ley prendidas en sus ropas. Un hombre ayudó a Brett a ponerse en pie, pero el pistolero lo rechazó furiosamente.

—¡Tócate las narices! —aulló.

—Será mejor que se aleje de esta zona, Kimsaid —aconsejó otro hombre, de voz sosegada, que apareció de pronto—. Usted ya no tiene nada que hacer aquí.

—Ya lo creo que tengo —jadeó Brett Kimsaid—. Usted me prometió los indultos para mí y para mi familia si ponía en sus manos el campamento de Jason, ¿no es cierto? Pues ahí lo tiene. ¡Maldito sea, todo para usted, métaselo en el culo!

—Tranquilícese. Estoy viendo que por el momento va a ser inevitable que haya algunos muertos, pero espero controlar pronto la situación y hacer comprender a esa gente que lo mejor que pueden hacer es entregarse. Le daremos a usted un par de caballos...

—No quiero «un par de caballos» —atajó Brett—: quiero «mi caballo» y quiero los indultos.

—No podremos darle ni una cosa ni otra hasta el amanecer —replicó el otro secamente—. Mientras tanto, haga lo que quiera.

\* \* \*

—Su caballo y sus indultos —indicó el capitán Rutledge, de los rurales de Texas—. Estamos en paz, Kimsaid. Sus hermanos serán liberados hoy mismo. Pero no olvide que usted no debe volver por Texas jamás.

—Hay otros sitios —replicó fríamente Brett Kimsaid.

—Pues quédese en cualquiera de ellos, porque si vuelve por Texas yo lo iré a buscar personalmente.

La sonrisa de lobo apareció en las recias facciones de Brett Kimsaid cuando rezongó:

-Peor para usted.

## ESTE ES EL FINAL

Soplaba un viento de muerte en las estribaciones de las Black Range, en Arizona, al sur de Albuquerque. Había una oscuridad que parecía hecha de hielo, como las estrellas. Y con el viento se oyó, de pronto, el llanto del recién nacido. Fue como una mezcla insólita, que por un instante suavizó lo riguroso del clima en el final de aquel maldito invierno pasado en las malditas montañas.

Acuclillado junto a Loraine, iluminados ambos por el fuego que Brett había encendido, éste sostenía en sus manos la criatura desnuda que había emitido el llanto de su arribada. Acababa de llegar al mundo y ya lloraba.

—Maldita sea, no llores —masculló el pistolero—. Todo lo que te está ocurriendo es que acabas de nacer.

El recién nacido lloró de nuevo. Brett Kimsaid miró a Loraine, bella y derrengada, y le puso el recién nacido en los brazos. Ella no emitió un solo gemido cuando él se encargó de tirar de la placenta. No había gemido ni un momento, ni al parir ni durante aquellos crueles meses cabalgando siempre, de montaña en montaña, hasta que ya no pudo más, y se cobijaron en la pequeña gruta a la que llegaban los gemidos nocturnos de todas las montañas del mundo sometidas al frío de la noche.

Una hora más tarde, todo felizmente terminado, Brett volvió a acuclillarse junto a Loraine, que parecía dormida, con el niño contra su pecho.

De repente, ella abrió los ojos, y lo miró. Una sonrisa apareció en su rostro, en sus ojos, en sus labios, incluso en su barbilla. Era aquella sonrisa que siempre encontraba Brett Kimsaid en la mujer que acababa de darle el hijo concebido junto a un remanso de aguas límpidas.

—Maldita sea —dijo Brett Kimsaid—, ya estoy harto de esto. Voy a volver a Texas, y voy a vivir allá el tiempo que me dé la gana. ¿Por qué habrían de molestarme si nosotros no molestábamos a nadie? No quiero llevarte más tiempo por las montañas, Loraine: ya has demostrado suficientemente que tienes tantas agallas como yo. De modo que volveremos a Texas... ¿Qué te parece?

-Ya te dije —sonrió dulcemente Loraine— que yo iría siempre contigo, no importa adónde ni en qué condiciones.

— oOo —